

- \* Los maestros de la literatura policial: EL CASO DEL HERMANO DESCARRIADO. (Novela completa), por Paul Fairman.
- \* MADRESELVA A MI MADRE (Poema), por Héctor González Morales.
- \* HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- \* NUEVE ENSAYOS DE SILVA HERZOG, por José Moncísidor.
- \* Los libros y los días: UN LIBRO "INFAUSTO" DE TOMAS MANN, por Ramón Sender.
- \* CARTAS DE LUZ DEL ALBA

San José, Costa Rica, 22 de agosto de 1954.

Nº 101.

111

# Además...

## EL CASO DEL HERMANO DESCARRIADO

(Propiedad del autor. Distribuido por King Features Syndicate.)

Por PAUL FAIRMAN

### CAPITULO I

**L** joven del abrigo parecía estar esperando a alguien. Había estado en espera durante mucho tiempo, desde que la tarde había empezado a caer hasta las primeras horas de la noche, frente al Hotel Crest, situado en el Paseo de la Rivera del Lago. Se había fumado un buen número de cigarrillos, arrojando las colillas hacia la curva, en donde un cupé azul también parecía esperar a alguien.

El joven examinaba la escena callejera con un desinterés tan falso como la luna de papel sobre la cual se había compuesto una canción. Apoyó un hombro en la pared del hotel y contempló los esfuerzos de una chiquilla que paseaba en una bicicleta de un lado a otro de la acera. Una bicicleta que era tres veces más grande que sus piernecitas cortas. Cayó del vehículo quizás por tercera vez, en el momento en que la puerta del hotel se abrió tal vez la quincuagésima ocasión. El joven, como lo había hecho antes, clavó sus ojos en ella.

Salió un hombre del lugar; un hombre gordo, con un cigarrillo negro en la boca y que parecía estar de prisa. El joven se agazapó cuidadosamente, balanceándose en los extremos de los pies y se bajó el ala del sombrero.

El hombre gordo cruzó la acera, buscó las llaves en uno de sus bolsillos, la niña se subió de nuevo en su bicicleta y el joven del abrigo sacó una automática negra de su bolsillo y disparó tres veces por la espalda al hombre gordo.

El hombre gordo abrió la boca, sus rodillas se doblaron y cayó como un balón desinflado. El resto sucedió en forma muy rápida. El joven, iniciando un movimiento de retroceso, llegó a la esquina del hotel chocando con una mujer que traía una gran cantidad de bultos en los brazos.

La mujer se bamboleó, el joven tropezó y fueron a dar al suelo juntos. El joven lanzó una maldición y la automática negra volvió a rugir. Fué un disparo loco, accidental. La mujer lanzó un grito.

Mientras que la mujer parecía volverse loca tratando de recoger las manzanas que habían surgido de uno de los paquetes, el joven

acudía a sus talones. Guardó la pistola en el bolsillo, y, saltando sobre la mujer, echó a correr por un callejón, desapareciendo entre las sombras grises de unas murallas de ladrillos y el hacinamiento de varios edificios.

La mujer continuaba gritando. Sus gritos agudos llamaron la atención de la gente que transitaba por la acera y pronto se reunió una multitud. Todo se convirtió en acción y movimiento.

Pero la niña ni gritaba ni se movía. Yacía junto a su bicicleta, junto a un charco de sangre. La sangre le manaba de un orificio en el cuello. La rueda de enfrente de la bicicleta se detuvo lentamente.

Ya era algo tarde cuando Larry Cunningham regresó a la estación de policía. Tenía que regresar de vez en cuando. No podía estar caminando durante todo

rostro que no había dibujado una sonrisa en el lapso de cuarenta años. Levantó la cabeza y trató de aparecer como si no hubiese pasado nada, diciendo, —hola, amigo; llamada telefónica.

Cogió un pedazo de papel del escritorio y lo dobló haciendo presión con la enorme uña de su dedo pulgar. Puso mal gesto y adoptó la actitud del hombre que cree que debe decir algo pero no desea hacerlo.

—Escucha Larry,— dijo. —Tal vez no sea tan malo así. ¿Qué es lo que tienen, al final de cuentas? Una vieja tonta que asegura que el tipo tenía el pelo rojo. Bah! la ciudad está llena de pelirrojos que saben usar una pistola.

La leve sonrisa de Larry carecía completamente de humor. —Este no sabía usar la pistola. Eso es lo que hay de malo en el asunto.



el tiempo. Además, el caminar no parecía producir mucho bien. Aquel continuo marchar por el pavimento, de una calle a otra, observando como los diez años de arduo trabajo se licuaban en aquella tarde lluviosa.

Un sargento canoso llamado Fenner estaba en el escritorio cuando entró Larry. Fenner tenía unos ojos grandes y tristes y un

—Muchos tipos podían haber andado tras Polichek.

La boca de Larry hizo un gesto de dureza. Dijo —gracias, Fenner, y cogió el pedazo de papel, leyendo lo que había escrito en él. Cruzó el cuarto y sentó frente a otro escritorio situado junto a un teléfono, fijando su mirada en la pared. Tomó el teléfono y marcó un número.

Mientras el teléfono llamaba al otro extremo de la línea, Larry se volvió a Fenner, preguntando, —¿no hay noticias de la niña?

Fenner puso gesto adusto de nuevo. —No hay noticias. Temen sondear en busca de la bala y temen no hacerlo. La cosa no tiene muy buen aspecto.

Cunningham cerró la mano y la apoyó con fuerza sobre el escritorio. En ese momento dejó de llamar el teléfono y se escuchó una voz femenina. Larry se echó el sombrero hacia atrás. Dijo, —Estoy en la estación, Fil. Acabo de recibir tu llamada.

La voz de Filis Whelan causaba malestar al estómago de Larry. Un malestar que parecía un hormiguero. —Hummm,— dijo ella. —Así que ahora ya no es más que Fil, eh? ¿Quién me arrojó de tu vida, corazón?

—Una criaturita de la Avenida Lincoln.

—Te apuesto a que me la como de un bocado.

—No lo dudo. ¿Se te ofrece alguna cosa?

—Cena en el Chez Paree. Desde luego que es difícil que me echen el guante, pero puedo ser seducida. A propósito, tu voz suena como si tu mundo hubiese perdido el fondo.

—Una par de cositas,— dijo Larry. —Debes haber pasado por alto los periódicos de la mañana.

—¿Dejé pasar algo?

—Un asesinato en el Paseo. Un tipo llamado Fats Polichek, de los muchachos de Carozzi, recibió tres en la espalda en el momento en que subía a su coche frente al hotel Crest.

—¿Qué mal suena eso! ¿Tenía algún apartamento, de casualidad? Vamos a necesitar uno.

—Veré que hay sobre eso.

—Querido, el crimen es el crimen, pero no permitas que te impresione tanto. Ríe y sé feliz, como lo dijo con tanta propiedad algún sabio.

—Hay más todavía, angelito,— repuso Larry, en tono adusto. —Una niña, un capullo como de 10 años, paseaba en una bicicleta. El pistolero le cogió gusto a su pistola y le metió una bala en el cuello. No se cree que sobrevivía.

Hubo un momento de silencio antes de que se volviera a oír la voz de Fil, así que están matando a los niños en las calles ahora. El tono superficial de su voz había desaparecido.

—Esa es la versión, pero sigue oyendo. El pistolero hizo el trabajo mientras una mujer con algunos comestibles daba vuelta a la

esquina. Chocó con ella al huir derribándola. Se le cayó el sombrero y ella pudo echarle una buena ojeada a su rostro. Prácticamente lo ha identificado, por medio de un retrato.

—¿Y...?

La voz de Cunningham casi se hizo inaudible.— Tiene como veinticinco años, pelo rojo y cara delgada y pálida. Tiene una cicatriz en la mano... en la izquierda.

—¡Oh, Larry! ¡No!

—Sí. Un monstruo de dos reales del Lado Oeste llamado José Cunningham, mi dulce hermano menor.

Pasaron unos momentos. Fenner hizo sonar un papel. La voz de la señorita Whelan regresó por la línea. Sus palabras eran como gotitas de temor, deslizándose por la línea.

—¿Cuándo puedo verte, querido? ¿Dónde?

Lentamente Larry apretó los nudillos de su mano derecha sobre el escritorio, diciendo.— no veo que tenga objeto el engañarnos a nosotros mismos, Fil. Seamos sensatos. Esto pone punto final a nuestras relaciones y nosotros lo sabemos.

Siguió un momento de silencio lo bastante denso como para tocarse, antes de que Filis dijera.—espera un momento, amiguito. ¿No crees que te estás precipitando? Yo estoy acostumbrada a tomar mis propias decisiones en cosas como esas.

—Será tu papá quien diga la última palabra sobre ésta, corazón. Como ya lo sabes bien, nunca se mostró muy entusiasta por tener un policía como yerno. Tiene ambiciones para su hija. Grandes. ¿Crees que te va a dejar aarte al hermano de un asesino de niños?

—Todo esto es muy raro. Tú nunca habías hablado como un idiota, antes.

John Whelan quiere ser gobernador,—continuó diciendo Larry, marcha hacia esa meta con gran velocidad.

—Querido, te pregunté que si dónde podría verte.

Larry aspiró profundamente, contestando,— que sea en la cantina de Jack a las once y media.

Colgó el teléfono y regresó al escritorio.

Fenner quiso aparentar indiferencia, sin lograrlo, al decir,— a propósito Larry, el Jefe quiere verte.

La sonrisa de Larry como una

delgada capa de hielo sobre su rostro.—Tal vez esté coleccionando insignias. Subiré y le haré un donativo.— Salió y subió al ascensor que lo conduciría al cuarto piso.

Al subir, la memoria de Larry retrocedió de los años hasta el hospital del Sagrado Angel de la antigua parroquia de San Malaquías. Se detuvo en el momento en que el padre Tomás le decía. Ahora ya puedes entrar a verla.— Lo cual había hecho él.

Su madre se veía empequeñecida y blanca en la enorme cama. Todo lo que le había dicho era,— tienes que cuidarlo Larry,— él sabía que se refería a José.— No es malo, sólo es inquieto. Necesita una mano que le guíe. No es como tú, o como tu padre, firmes, dignos de confianza. Nunca se ha desarrollado lo suficiente. Debes vigilarlo. Desde ahora queda bajo tu responsabilidad.

José había ido a ver a su madre cuando se lo dijeron. Se salió media hora después de que había muerto.

El ascensor se detuvo con un tirón en el cuarto piso. Larry salió a un pasillo. Sus ojos tenían una expresión de amargura e indiferencia. Larry, el fuerte y digno de confianza, el guardián de su hermano.

—Hiciste un trabajito muy bueno, amigo, se dijo a sí mismo lentamente. Caminó por el pasillo hasta llegar a una puerta que tenía este letrero.

#### CARNEY REGAN

Y más abajo, con letras más pequeñas.

Jefe de Detectives.

La empujó y entró.

El Jefe Regan era enorme, desde las suelas de sus pies enormes hasta la coronilla de su cabeza gris. Su mandíbula indicaba que era un hombre enérgico. Sus ojos parecían decir que era fundamentalmente honrado. Un buen número de años se reflejaba en su rostro curtido.

Cunningham cruzó el cuarto y se paró frente al escritorio. Esperó sin decir palabra. Después de algún rato Regan pareció terminar lo que estaba haciendo, y levantando los ojos dijo.— parece como si José hubiese salido a dar la vuelta.

Larry contestó,— ese es un modo de decirlo.

—¿No has andado con él mucho últimamente?



—Algo. Es difícil dar con él. Regan sonrió ligeramente.— esperemos que Carozzi tenga la misma experiencia.

Larry permaneció callado. Después de unos momentos de meditación, Regan continuó.

—Te he conocido desde que usabas pantalones cortos, Larry. Por aquí andaba yo cuando te hiciste policía. Recuerdo que te estreché la mano.

También Larry lo recordaba. Le había quedado doliendo la mano por más de una semana.

—Tu papá se sentía muy orgulloso ese día.

Regan cogió un lápiz del escritorio y empezó a golpear el vidrio con la goma. Sus ojos negros parecían mirar a través de la pared, hasta la calle y más allá todavía....

#### CAPITULO II

A las diez de la noche todavía seguía cayendo la lluvia; como pie drecillas frías descendiendo de un cielo negro La temperatura hacía juego con el humor de Cunningham, mientras se dirigía en su coche hacia el Boulevard de Washington. Diez cuadras más tarde identificó lo que andaba buscando a través del espejo del parabrisas.

Era un sedán negro con las luces de los fanales bastante oscurecidas. Se le había pegado a la defensa trasera demasiado tiempo para que pudiesen existir dudas. Diez cuadras más y se dio cuenta de que iba a tener muchas dificultades para estar solo. El coche de los ojos entrecerrados había sido enseñado. Sabía bien lo que tenía que hacer.

Larry avanzó como un kilómetro más y se estacionó en una curva. Cerró su cupé con llave y echó a andar por la acera.

Una figura delgada, cubierta con un impermeable brillante, empezó a seguirlo a la distancia de cuarenta metros. El hombre lograba conservarse a la misma distancia con tanta precisión que se hubiese dicho que Larry tiraba de él con lazos invisibles.

Larry intentó zafarse por tres veces. No obtuvo ningún éxito. Su seguidor tenía bastante tiempo y parecía gustarle la tarea.

Finalmente Larry escogió un pasadizo angosto entre dos edificios. Se introdujo a él y permaneció pegado a la pared.

La cola aumentó su velocidad.

Larry esperó hasta que el sonido de los pasos se hizo más fuerte. Calculó el momento preciso y se lanzó violentamente sobre su seguidor.

La cara del hombre despedía destellos siniestros en aquella semi-oscuridad. Su rostro terminaba en una barbilla aguda. Larry descargó su puño con fuerza sobre esa parte de su cara y oyó como crujían sus dientes.

Se aproximó más a él, haciéndole perder el equilibrio, al mismo tiempo que ponía su pie sobre el empeine de uno de sus pies y lo empujaba con fuerza.

El hombre flaco se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón. Larry le dejó ir un violento puñetazo al estómago y el hombre se llevó las dos manos a ese lugar. En esa posición se desplomó al suelo, midiendo la lodosa acera con toda la extensión de su cuerpo. Permaneció tirado en el suelo, arrojando a Larry miradas venenosas.

Larry le miró con burla y dureza, diciendo,— dile a Carozzi que se dedique a cazar por su propia cuenta. Tal vez me enoje la próxima vez. Se dio vuelta y continuó caminando por la acera.

Larry se alejó un poco del boulevard introduciéndose a uno de esos lugares de hacinamiento que siempre circundan las mejores secciones de una ciudad. Era el asiento de gente vagabunda que nunca firma contratos y que al moverse pocas veces deja una pista.

Sus pasos lo llevaron hasta un edificio de apartamentos de color amarillo, de apariencia un poco mejor que los demás. Echó una mirada a un lado y otro de la calle, pasó frente a la primera puerta y se perdió de vista en la segunda.

El salón era de un solo color, el amarillo de un huevo muy maduro, a fin de que los pintores no tuviesen que mezclar distintas clases de pintura. La alfombra de las escaleras era de un rojo profundo.

Larry subió dos tramos y luego echó a andar por un pasillo largo y tranquilo.

En la puerta marcada con el número 309 se detuvo y pegó el oído a la madera. No escuchó nada. Llamó suavemente con los nudillos de la mano izquierda. La quietud pareció hacerse más profunda. Llamó con más fuerza y es-



peró. No sucedió nada. Sacó un manojito de llaves de su bolsillo y escogió una cuidadosamente. Pegó los labios a la madera y dijo: voy a entrar José. Abrió la puerta y entró cerrándola detrás de él.

El lugar era muy semejante a otras diez mil cocinillas de la ciudad. Aparentemente estaba equipada para economizar espacio, el sumidero y la estufa detrás de una puerta doble y la cama detrás de otra. Los muebles eran como los que se pueden comprar en cualquier tienda de muebles de segunda mano. Pero allí había uno que no se podía comprar en cualquier lugar y era un joven parado en medio de la habitación con una pistola calibre 45 en la mano. Apuntaba en derechura al estómago de Larry.

Larry no hizo ningún movimiento, con las manos en los bolsillos de su abrigo. Miraba fijamente a su hermano.

El pelo de José era de un color rojo zanahoria. Lo llevaba partido por medio y colgaba a un lado y otro de sus orejas. Una barba rojiza de dos días sombreaba sus mandíbulas y su barbilla puntiaguda. El gesto de rabia de su boca apenas si lograba borrar un poco la expresión de debilidad de sus labios. El color de sus ojos era azul claro, con el blanco inyectado por la falta de descanso. Llevaba puesta una camisa azul desteñida, abierta por el cuello, y uno de cuyos lados colgaba sobre los arrugados pantalones. Sus zapatos necesitaban una lustrada también.

Larry sacó una de sus manos de los bolsillos y se frotó lentamente el extremo de la quijada. De nuevo acudía un recuerdo a su memoria. Era un domingo en que había estado sentado con sus padres en la iglesia, contemplando un par de ángeles de Botticelli que caminaban por el corredor con rumbo al altar. Recordaba la mirada tierna en los ojos de su madre al ver a José caminar solemnemente el día de confirmación. Había algo hermoso en ese recuerdo.

Larry se movió lentamente hacia su hermano y dijo: baja la pistola, José o voy a echarle fuera los sesos con ella misma.

José no se movió. Sus dedos se movían con nerviosidad. Te aseguro que no me vas a aprehender, polizonte. Te haré un agujero de lado a lado. Y no estoy bromeando.

El rostro de Larry adquirió una expresión de dureza. Por la es-

palda, quizás o mientras esté yo en una bicicleta.

José lanzó un gruñido.— eso fué un accidente. Sabes bien que no disparé contra la niña a propósito.

—Y también lo saben un millón de personas más. Cualquiera que tenga un radio sabe todo con respecto a tí. Eres un tipo bastante impopular esta noche, y de ahora en adelante.

—¡No te muevas! —¿Cómo sabías que estaba aquí, después de todo?

Larry siguió avanzando. Muy sencillo. No tienes cerebro suficiente para irte a otro lugar. Sabía que permanecerías aquí hasta que viniese la ley a pescarte o hasta que Nick Carozzi nivelara las cosas con una ametralladora.

Los ojos de José se abrieron más y su voz adquirió un timbre chillón, no estoy bromeando, ya te dije. No te me acerques. No me gusta que se me acerquen tanto.

Larry dió dos pasos y extendió la mano, lentamente. C cogió la 45 por el cañón y la volvió hacia el cielo raso. Con la otra mano, abierta, dió una fuerte cachetada a su hermano. El sonido pareció ser el de un disparo velado.

José trastabilló hacia atrás. Lanzó un grito ahogado y saltó sobre Larry, como un gato que brinca al tronco de un árbol.

Larry lo tomó por la parte superior de la camisa, con cierto cuidado y lo retuvo así por unos momentos. Luego lo arrojó hacia atrás, con un movimiento violento. Allí fué a dar José hasta el otro lado del cuarto. Dió contra un sofá, y cayó sobre los cojines.

Larry arrojó la pistola a un rincón del cuarto. ¿Quién te puso detrás de Fats Polichek?— preguntó.

José rió torvamente, —siempre el polizonte. Siempre husmeando por todas partes. Fats traía una corbata roja y a mí no me gustan las corbatas de ese color. Por eso lo balacé.

—No contestes así cuando te pongan bajo las luces,— le dijo Larry con voz de cansado. Algún policía te dará tal bofetada que te estrellará contra la pared. José dijo, estás loco!

La cara de Larry cambió repentinamente, como si hubiese sido desgarrada y contorsionada por el golpe de un látigo. Al hablar, su voz salió como un grito de su garganta.

—¿Por qué no pudiste permanecer en tu propio medio? ¿Qué tenían de malo las máquinas de



juego y las carreras de caballos y los juguetitos de póker? ¿Por qué tenías que coger una pistola y matar a alguien? Yo tenía dinero si es que te hacía falta...

José hizo un gesto de ironía, contestando con descaro. Tú y tu dinero me causan náuseas.

Durante algunos momentos Larry permaneció como petrificado, con los brazos tirantes. Lentamente se dió vuelta saliendo del oscuro departamento, marchando hacia el boulevard, donde abordó un coche de alquiler que lo condujo hasta donde se hallaba su propio coche en el cual se dirigió hacia la cantina de Jack en la calle Madison.

### CAPITULO III

Filis Whelan estaba esperando en una pequeña mesa en el extremo más alejado del tocadiscos eléctrico. Llevaba puesto un traje sastre de color claro que denotaba la existencia de dinero bien gastado. Su cabello color de miel salía por debajo de su sombrero de fieltro, cayendo sobre la parte posterior del cuello de su saco. Al aproximarse Larry a ella, volvió hacia él su rostro de aspecto sano. Una vez que se hubo sentado en la silla que estaba frente a ella, dijo,— siento haber llegado un poco tarde. El tiempo está muy lluvioso.

—Te ordené un escocés,—le dijo ella. Lo pedí doble. Es una buena noche para beberse un whisky doble.

El cogió la copa de doble tamaño y vació la mitad de su contenido. La colocó sobre la mesa a tiempo que Filis le decía,— y ahora hablemos de negocios. Me pareció oír algunas palabras ininteligibles por teléfono sobre cuyo significado quería hacerte algunas preguntas. Algo así como que había un punto final en nuestras relaciones o cosas por el estilo. Quizá convenía que me hiciera examinar los oídos.

—Aun corriendo el riesgo de sonar como disco rayado,—le dijo él, las repetiré. Punto número uno: No soy más que un miembro de la policía, sin ningún gran futuro por enfrente... Eso, de suyo propio, nunca fué muy del agrado del regidor Juan Whelan. Segundo: Ahora tengo un hermano muy famoso; un muchacho a quien se le conoce de costa a costa. Pero no pasará mucho tiempo antes de que le lleven a la silla eléctrica. Larry apuró el contenido de la copa y la dejó sobre la mesa.—

¿Tiene sentido que tú y yo sigamos juntos después de eso, nena?

Filis sostuvo su mirada con firmeza, de ahí en adelante, seguiré hablando yo. Punto número tres: Me encontré a un tipo llamado Cunningham y me enamoré de él. Durante algún tiempo he estado en su corazón, con mayor o menor éxito. Y seguiré estando allí hasta obtener el efecto deseado. Bajó los ojos y se quedó mirando el fondo de su copa como si hubiese algo allí que le hubiese gustado sacar.

—Tiene sentido lo que dices,— dijo Larry lentamente. Entonces tu papá podrá contarle a alguien: "Este es mi yerno, Larry Cunningham. Ya conoce usted a los Cunningham. El hermano de Larry mató a unos cuantos y lo sentaron en la silla eléctrica. Ese José era todo un tipo". ¿Crees que tu padre siga viendo con buenos ojos nuestras relaciones aun después de eso?

Una mirada de preocupación surgió a los ojos de la señorita Whelan. Papá me tiene preocupada desde hace algún tiempo. Como si se estuviera alejando de mí... de algún modo. Creo que no formo parte de su vida como sucedía antes.

Siguió un momento en que sólo las manos parecieron tener vida al continuar jugueteando con las copas. Filis dijo,— dispuse de un poco de tiempo esta noche y me fui a visitar al padre Tomás. Me preguntó por tí. ¿Por qué no vas a verlo?

—El padre Tomás no obtendría respuesta a esto, corazón. Está fuera de su territorio.

—Estás seguro?

Larry pareció hacer explosión. Escucha, yo soy policía. Se me paga por apoyar a lo que ridículamente le llaman la ley. Me dan dinero legítimo para que salga y encuentre a la gente que mata a otra.

—¿Te mandó Regan a buscar a José?

—No empleó tantas palabras así para ordenármelo.

—Pero tú sabes dónde está.

Larry afirmó con la cabeza y clavó sus ojos en la línea donde su pelo caía sobre su cuello. Eso es. Estuve allí esta noche. Es el viejo lugar que teníamos los dos. Fuí por él. No tuve el valor de hacerlo.

Ella buscó algo que decir y no se le ocurrió nada.

Larry se puso de pie rápidamente, se encasquetó el sombrero y sonrió, sin ningún humor. Cuidá-

**Ofrecemos esta Semana**

los siguientes

**LIBROS de INTERES**

a precios especiales

EDICIONES CULTURA HISPANICA

El Petróleo en Hispano-américa .....	¢ 6.00
El Seguro Social en Hispano-américa .....	¢ 3.75
Historia de la Leyenda Negra en Hispano-américa .....	¢ 2.50
El Inca Garcilaso .....	¢ 4.50
Tierras de España (Tipos y costumbres) .....	¢ 5.25
Los Caminos en la Historia de España .....	¢ 9.00

Una habitación sin libros es como un cuerpo sin alma.  
CICERON.

**LIBRERIA LOPEZ**

Teléfono 3345 — Frente Hotel Costa Rica

te, corazón, — dijo y se dirigió a la puerta.

La muchacha se le quedó mirando mientras se alejaba. Sus labios dibujaron una palabra que no pronunció. Sus ojos estaban fijos en su ancha espalda en el momento en que desapareció. Después se quedó mirando la puerta giratoria hasta que quedó inmóvil.

El edificio de departamentos amarillo no había cambiado nada. La alfombra de la sala estaba tan roja como antes. Larry subió las escaleras lentamente. Al llegar al tercer piso buscó el cuarto 309, abrió la puerta y entró.

José estaba sentado en el sofá, pero de su cara había desaparecido ya la vegetación rojiza. Dijo con ironía, ¿Qué es esto? ¿La Gran Estación Central?

—Voy a llevarte, José, dijo Larry. Sus ojos observaron el rostro de su hermano y vio como cambiaba de expresión. El gesto de burla desapareció. Larry se movió hacia el sofá.

Los hombros de José se encogieron y su mano empezó a extenderse hacia la automática que descansaba junto a él, sobre el sofá.

Larry siguió avanzando. Le dijo. No lo hagas, José, o saldrás de aquí en forma horizontal. Podría hacerte cinco agujeros antes de que la tocaras.

Dió algunos pasos rápidos y lo cogió por el cuello. Lo separó de la pistola. José intentó golpearlo con los puños como un niño de escuela en su primer pleito.

—¡Eres una rata cobarde!— exclamó, por entre los dientes apretados. —Metiendo a la cárcel a tu propio hermano! Fats Polichuk se lo merecía!

—La muchachita no se lo merecía.

—Larry, dame alguna oportunidad. Podría haberte balaceado en dos ocasiones distintas,— dijo José, forcejeando y tratando de alcanzar la pistola.

Larry lo golpeó con la mano abierta. Eso no te reportará ningún bien.

Vas a acompañarme. Soy policía, lo recuerdas? A los policías no les gustan los asesinos de niños...

Volvió a golpearlo en la misma forma. Esa debe haber sido la señal para lo que sucedió luego. Casi al mismo tiempo que Larry sentía el dolor en la mano con que había golpeado a su hermano, la madera de la puerta crujía ante el primer impacto. Alguien trataba de derribarla a toda costa.

La puerta no cedió al primer empujón. Las bisagras crujieron y una astilla fresca apareció en la madera. Las maldiciones parecieron servir de eco a las últimas palabras de Larry.

Larry arrojó a José sobre el sofá y cogió la 45. La preparó y en el momento en que se dejaba caer sobre el tapete, la puerta pareció abrirse en flor.

José cruzó el cuarto como una fiera llena de pánico. Chocó contra la pared y cayó de rodillas, como si tratara de enterrarse en ella.

Larry se apoyó en una de sus rodillas, en el extremo del sofá, con la automática en su mano derecha. El derrumbe de la puerta coincidió con la entrada de tres hombres, casi al mismo tiempo. Larry levantó la automática cuidadosamente.

#### CAPITULO IV

El hombre que iba adelante, era un tipo flaco, de cutis lívido. Llevaba puesto un sombrero húmedo, un impermeable negro y blandía una pistola curiosa de corto cañón. Exclamó, —allí está—, casi en el momento en que cruzaba la 45. Sus ojos parecían cruzarse, como tratando de mirar al agujero que había quedado en

el lugar donde había estado su cara. Se empujó sobre la punta de los pies y empezó a cruzar el cuarto como un bailarín de ballet tropezando con alambres invisibles. Cuando cayó, lo hizo como herido por un rayo, con un fuerte golpe que estremeció todos los muebles.

Larry no lo vio caer. Estaba algo ocupado disparando otro segundo tiro sobre el segundo hombre, un hombrecillo con un clavel en la solapa y pantalones muy bien planchados.

El hermoso torpedo entró a la habitación, lleno de intenciones de trabajo, blandiendo una pistola de marfil y cromo. Una vez adentro, vaciló, como si súbitamente hubiese deseado que no tenía intenciones de morir. Era demasiado tarde. Ya estaba muerto.

El tercer invasor casi era tan grande como el espacio que había ocupado la puerta. El color de su rostro era oscuro y siniestro. Una vieja cicatriz subía por su rostro y desaparecía por debajo del sombrero. Sus ojos eran dos bayonetas negras, cruzando el cuarto hasta posarse en José, que se había llevado las manos a la garganta exclamando: ¡Carozzi!

El enorme monstruo levantó una pistola niquelada en el momento en que José ocultaba su rostro entre sus manos.

cazar, —dijo, pensativamente, y ni siquiera dispararon un tiro. Ca minó hacia el teléfono, lo tomó, y pidió, suavemente, comuníqueme con el Departamento de Detectives, hermana.

La quietud de la noche parecía introducirse por las paredes de la oficina del Jefe Regan. Estaba sentado frente a su escritorio, apoyando su enorme cuerpo y sus largos brazos sobre uno de sus extremos. No tenía la apariencia de un jefe de detectives a las tres de la mañana. Parecía un anciano a quien se había sacado indebidamente del lecho.

Regan parecía de mal talante y parecía estar pensando mientras Larry se paseaba por la oficina hasta que su jefe dejó caer el puño sobre el escritorio con bastante fuerza, diciendo: así tiene que ser. Tú no debes entrar en el cuadro en modo alguno. La pistola era la de José. Tu hermano tiene tres muertes anotadas en su libro, eso es todo.

Larry se aproximó al escritorio. ¿Y qué me dice acerca de los periódicos?

—Cooperarán con nosotros. No tendrán ninguna otra cosa con qué seguir.

—Y por lo que toca a José... ¿cuando lo traigan?

—Los ojos de Regan adquirieron una expresión velada, —Qué

mismo timbre. José se escapó. Puede haberlo detenido de un balazo. No lo hice.

La cara del Jefe pareció partirse en dos cuando bostezaba.

—Los muchachos de la prensa no creerán en eso —dijo llenamente—. Ni yo mismo lo creo.

—No me importa un demonio si lo cree o no, —dijo Larry al mismo tiempo que metía su brazo por debajo del izquierdo y sacaba una pistola de servicio. La colocó sobre el escritorio. Del bolsillo posterior de su pantalón sacó una cartera y de ella una insignia, la desprendió y la puso a un lado de la pistola.

—Si desea hacerme algunos cargos, estaré en casa. ¿O quiere arrojarlo al bote ahorita mismo?

Regan gruñó, —¡No seas tonto!

Larry salió de la oficina del Jefe con tal ruido que parecía llevar en los brazos veinte latas vacías.

La lluvia que estaba cayendo en la calle caía sañosamente en su rostro. La reacción física que experimentaba era visible. Una oleada de náuseas parecía ir y venir dentro de él. Experimentó un cambio en los momentos en que conducía su coche a través de calles silenciosas.

Un sentimiento de repentina libertad. Durante algunos años había estado viviendo bajo un techo bamboleante, esperando que cayera sobre él. Ahora había caído. Aquello había terminado...

Se sentía aturdido, pero al mismo tiempo con la cabeza despejada. Llegó al edificio a su cuarto envuelto en nubes color de rosa.

Entró y encendió todas las luces. Se metió a su recámara, se echó sobre la cama y aún antes de que el ala de su sombrero tocara la sobrecama, se había quedado dormido.

El zumbido incesante del teléfono parecía producirse dentro de su mismo cerebro, pero como algo que sucedía por allá en la lejanía.

Larry se agitó y a ciegas trató de coger el aparato, logrando colocárselo al oído finalmente. Logró lanzar un sonido salutorio mientras que el ruido y lo que decía la otra voz le arrancaron de una vez la envoltura en que le sujetaba su sueño.

Se sentó con rapidez, exigiendo con tono urgente, —¿Cómo fué eso?

Filis Whelan le contestó. Larry! Larry! Apresúrate. ¡Están en la oficina de mi padre! ¡Van a matar a alguien!

No escuchó ninguna otra palabra. La voz de Filis siguió hablando a la sobrecama, mientras que Larry lanzaba su coche a toda velocidad hacia la casa de Filis.

La lluvia se había convertido en nieve y Larry se aferraba al volante, entrecerrando los ojos para lograr distinguir alguna cosa entre las tinieblas que parecían envolver al mundo.

El regidor Whelan vivía en una casa de ladrillo. Fué Filis quien le abrió la puerta.

—He sido una tonta, Larry. Creo que he estado ciega, —siguió diciendo, aunque parecía que más bien se estaba hablando a sí misma que a él.

—¿Dónde están?

—En el estudio, José entró por la puerta de atrás. Yo misma lo dejé entrar. Preguntó por papá y ha estado con él en el estudio ya casi por una hora. Pienso que debería haberte llamado más pronto, antes de que empezaran a reír.



La pistola cayó al suelo, coincidiendo con el hecho de que Larry había colocado cinco de sus balas en la solapa izquierda de su valioso abrigo de doscientos dólares.

Su espíritu y nervios prolongaron un poco la vida de Carozzi. Se estremeció al recibir los cinco balazos y su rostro reflejó una expresión de sorpresa. Ni siquiera había visto a Larry Cunningham. Echó una ojeada alrededor, estúpidamente. Su caída fué lenta y dramática.

En el momento en que Carozzi se desplomaba sobre el piso, José se puso de pie y corrió hacia la puerta, luego bajó la escalera y se perdió en las sombras de la noche.

Larry también se levantó y acercándose a la puerta se asomó al pasillo. Todo estaba en paz. Los inquilinos del edificio amarillo sabían bien la importancia que tenía el no meterse en asuntos ajenos.

Larry se dió vuelta, y clavó los ojos en Carozzi. Tres salieron a

es lo que te hace creer que lo traen?

—¿En condiciones de que hablo, quiere decir?

—Escuche, si alguna vez alguien tuvo una magnífica cuenta en su haber, ese es tu hermano.

Larry se pasó la mano por el pelo. Y ya que estamos en esto de Preguntas y Respuestas, ¿qué le parece si me contesta ésta? ¿Por qué no les contamos la verdad?

—¿Y que desaten una tormenta sobre nosotros acusándonos de cómo un miembro del Departamento cubrió la huida de su hermanito matador de niños en vez de aprehenderlo como era su deber?

Larry apoyó las manos sobre el escritorio. —Salí a buscar a José, dijo secamente. —Perdí mi dominio. Regresé nuevamente. Mientras estaba allí llegaron de visita Carozzi y dos de sus empleados.

—Y José se cansó de contemplar los colores del papel de las paredes y salió a darse una vueltecita, —dijo Regan con tono de burla.

La voz de Larry conservó el

El fruncimiento de cejas de Larry la interrumpió.

La puerta del salón está cerrada con llave, pero puedes entrar por la de la biblioteca que está aquí. Lo condujo hacia una arca cubierta con gruesas cortinas. Hay una puerta corrediza entre los dos cuartos que no tiene cerradura. Oh, Larry...

Larry le aconsejó, —quédate aquí, —y se alejó de ella, introduciéndose a la biblioteca.

## CAPITULO V

Una luz silenciosa en un rincón llenaba el cuarto de sombras melancólicas. Los ricos muebles que llenaban el lugar parecían burlarse de su presencia. La puertecita corrediza estaba cerrada. Larry se aproximó a ella. Podía oír las voces ahora. La voz aguda y chillante de José, decía —no le estoy pidiendo nada que no me pertenezca. Quiero mi dinero. Tengo que recibirlo para salirme de este tío vivo!

La voz suplicante de Juan Whelan tenía el timbre de paciencia que usaría un padre sabio. Decía, —José, escúchame. Esto no puede continuar durante toda la noche y no hemos llegado a ninguna conclusión. Tomaré medidas que darán buen resultado, pero tienes que seguir mis órdenes. Te protegeré.

—¿Protegerme? Usted no podría proteger a un niño ladrón de manzanas. Carozzi ha crecido demasiado. Elimíne a alguno de sus muchachos y lo llené de miedo. Se estaba poniendo en su camino. Usted debería darse maña para que nadie me molestara. Ahora no podría esconderme ni en un pueblo de Iowa sin que algún idiota se diera cuenta de mi presencia. Tengo que irme a México y necesito que me dé dinero para lograrlo.

—Todo hubiese salido bien,—le dijo Whelan,— si no hubieras hecho lo que me acabas de contar. Y no se te dijo que mataras a una niña.

—¡Quiero mi dinero! gritó José. —¡Me lo prometió y lo quiero ahora!

La voz de Whelan se tornó más dura. Parece que estás muy de prisa, muchacho. Toda esa plática acerca del dinero. ¿Crees que voy a soltarte en esta ciudad con un rollo de billetes en la bolsa? Te echarían el guante en la primera taberna que te metieras.

—Tal vez le gustaría que habiéramos de este asunto en algún otro lugar,— dijo José. La nota chillona de su voz había desaparecido. Ahora tenía un timbre bajo, amenazante. La oficina del Fiscal del Distrito por ejemplo.

Se escucharon unas pisadas rápidas y luego la voz de José, llamando —Larry! Larry!

En los momentos que siguieron y que Larry empleó para derribar la puertecita, pensó que siempre había sido de ese modo. En las calles y callejones del Lado Oeste siempre había sido José el que encendía por allí la mecha, y ya metido en honduras, gritaba pidiendo su ayuda.

Larry estaba en el cuarto ya y el lugar parecía estar lleno de un resplandor rojo que pareció llenarle las pupilas también al fijarlas sobre la ancha espalda de Whelan. Este llevaba puesta una bata de casa. Tenía abiertas las piernas, como para apoyarse mejor. Entre ellas y junto al extremo de la bata, Larry pudo ver los pies de José. Estaban con las puntas apoyadas en la alfombra.

Whelan levantó su brazo y lo dejó caer con fuerza. Lo volvió a hacer. Los pies quedaron inmóviles.

les sobre el piso. Cuando volvió a verlos, se agitaban violentamente.

Whelan retrocedió suavemente, como un gato. En su mano derecha blandía un cuchillo para abrir cartas. Miró con disgusto la sangre que empezaba a encharcarse sobre la alfombra y apartó el cuchillo de su propio cuerpo. Se dio vuelta en el momento en que Larry penetraba al resplandor rojizo. Whelan lo vio en ese momento y volvió a coger con fuerza el cuchillo. No había tiempo para manifestar ninguna sorpresa. Se le quedó mirando abiertamente, diciendo, —Cunningham el cuidadoso. Te estás metiendo en dificultades.

Larry no dijo nada. Pero ya cuando estuvo bastante cerca Whelan lo amenazó con la mano izquierda y le tiró un golpe con el cuchillo. Larry no hizo caso de la amenaza y asió la muñeca de Whelan. Este trató de deshacerse de aquella garra de hierro. Pero fue inútil. Larry dió un par de pasos cortos y se halló por la espalda de Whelan. Lo abrazó por las caderas y dió un tirón. Whelan se retorció y trató de escapar de aquel abrazo mientras que una expresión de profundo pánico se reflejaba en su rostro.

—Fué en defensa propia, Larry. El muchacho estaba fuera de sí. Vino a amenazarme... El cuchillo cayó al suelo.

Las manos de Larry se movieron e hicieron presa de su garganta. Se hundieron en ella hasta desaparecer las uñas.

Whelan dió un fuerte tirón y se echó hacia atrás, haciéndole perder el equilibrio. Cayeron los dos. El golpe que se dió Whelan contra la pared fué el único ruido que se oyó distintamente.

Larry se puso de pie lentamente. Echó una mirada a Whelan, apolonado junto a la pared. Su cabeza descansaba en un ángulo en que sólo podía estar una cabeza con el cuello roto. Mientras Larry lo observaba, el resplandor rojizo pareció disiparse.

Se acercó al cuerpo de José y lo levantó del suelo. Un poco abajo del corazón podían verse dos terribles puñaladas. Larry lo transportó a través del estudio, luego por la biblioteca hasta llegar al salón.

Filis lo esperaba cerca de la puerta.

—Tu padre está muerto,—le dijo Larry. Será mejor que llames a la policía.

Sus labios parecieron repetir la palabra, "muerto", con entonación aparentemente sin emoción. Pero sus dos ojos eran como dos hoyos de terror.

Larry le ordenó, —Abre la puerta.

Ella se aproximó a la puerta y obedeció, silenciosamente. Larry bajó las escaleras y salió, permaneciendo de pie en la acera. La nieve caía con más intensidad ahora. Se prendía en pequeños copos sobre el cabello rojo de José que colgaba recto hacia el suelo. Metió el cuerpo al coche y se dirigió hacia el oeste.

Detuvo el coche en la curva, frente a la iglesia, sacó el cuerpo de José del coche y lo introdujo al templo. Lo colocó en la última fila y con la mano le alisó el pelo húmedo, mientras que un pensamiento súbito le decía que José se hallaba ahora en un lugar mejor que todos en los que había estado durante muchos años atrás.

Cuando Larry abandonó la iglesia se dió cuenta de que no era necesario que se detuviera en ningún lugar. Sólo le quedaba seguir guiando su coche José había

mencionado a México. Tal vez tocaba a uno de los Cunningham irse a vivir por allá.

Larry atravesó tres intersecciones antes de que lo detuviera una luz roja. Mientras esperaba, se dió cuenta de que en la esquina había una farmacia de servicio continuo. Aun antes de que cambiara la luz ya estaba dentro de la farmacia. Halló el teléfono público, hojeó el directorio y escogió un número. Puso una moneda y marcó su número. El teléfono sonó durante un tiempo bastante largo.

Larry dijo,—Habla rayito de sol con las últimas noticias. La historia con sus últimos episodios. Por si está interesado, Juan Whelan era el hombre que respaldaba a José. Whelan no quería cumplirle lo ofrecido y José fué a verlo a su casa. Yo recibí una llamada de Filis y me puse en marcha. Hubo una riña y Whelan mató a José. Yo salté sobre Whelan y se golpeó la cabeza contra la pared, rompiéndose el cuello, pero todo viene a sumarle lo mismo, pues yo lo hubiese matado de cualquier modo. Todo parece haber terminado y yo soy el único que queda para apaciguar a los contribuidores; ¿Quiere enviar a alguien por mí o voy solo a la estación.

Regan dijo. —No vayas a la estación. No le digas a nadie nada. Vente derecho a mi casa. Te esperaré.

Larry colgó lentamente. Sumido en pensamientos, salió de la farmacia y se subió a su coche.

Regan vivía en un lugar donde se podía respirar. Tenía una casita blanca en el extremo norte de la ciudad en una manzana donde sólo había otras dos casas. Estacionó su coche, cruzó el pasadizo y subió la escalerilla de un pórtico. No había luces dentro. Estiró la mano para tocar la campanilla y fué entonces cuando sintió como si un piano hubiese hecho explosión dentro de su cabeza. Cayó al suelo, inconsciente.

## CAPITULO VI

Larry recobró el conocimiento lentamente. Alguien decía. —Si hubiese tenido la sota, lo hubiera logrado. Alguien contestó con un gruñido. ¡Bah! Estabas per-

dido desde antes que comen-

zaras! Logró abrir los ojos por completo. Estaba tirado en su propia cama, en su propia recámara. Por la puerta entreabierta podía ver a los dos hombres en mangas de camisa. Uno llevaba una funda sujeta al hombro de la cual asomaba la empuñadura negra de una pistola. Había colocado una mesa en medio de la habitación y se dedicaba a jugar a la baraja.

Larry se levantó, todavía algo mareado. Dió dos pasos y se apoyó en el marco de la puerta. La boca le sabía a clavos enmohecidos. Dijo. —En caso de que no sea demasiado inquisitivo, díganme, ¿quién me golpeó?

Los dos hombres levantaron la cabeza. Uno de ellos dijo,—Si gue durmiendo, amigo. He perdido cuatro pesos y cincuenta centavos,—Luego agregó, como si leyera la mirada de Larry. —Tengo tu pistola aquí, así que no se te vaya a ocurrir ponerte brusco.

El otro se levantó de la mesa y se aproximó a un teléfono, marcando un número. Cuando alguien contestó, —dijo,—Acaba de despertar. ¿Qué hacemos luego?

Escuchó durante algunos momentos, colgó y luego hizo una seña hacia la puerta con la cabeza. El otro también se levantó y ambos se pusieron sus sacos. El que había usado el teléfono, un hombre pequeño, pero bien proporcionado y vestido con un traje muy bien cuidado, se aproximó al sofá de donde recogió el saco de Larry y se lo arrojó a las manos.

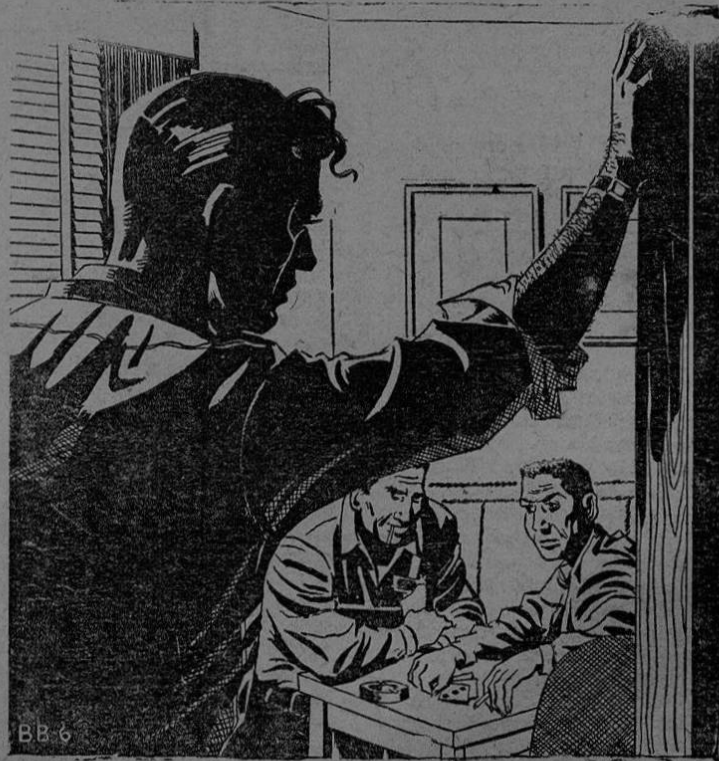
—Vamos a hacer un viajecito,—le dijo. —Vamos a descender y a subir a un coche y espero que seas lo bastante sensato, pues no quisiéramos tener más dificultades contigo.

El perdedor en el juego salió primero. Larry lo siguió y el otro se colocó en la retaguardia. En esa forma bajaron las escaleras.

El que iba detrás indicó a Larry que se subiera en el asiento posterior y luego se sentó a su lado.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Larry.

Su acompañante dijo, —Estamos a fines de semana. Su mano



seguía oculta en uno de los bolsillos de su saco.

Después de algunos minutos el coche hizo alto frente a un edificio. Bajaron, se introdujeron a él y luego subieron a un ascensor. El ascensor subió hasta el piso cuarto. Caminaron como cinco kilómetros hasta llegar a una puerta que tenía este letrero,

### CARNEY REGAN

Y más abajo, con letras más pequeñas,  
Jefe de Detectives.

Su guía abrió la puerta e indicó a Larry que entrara. Los dos se quedaron afuera.

Regan estaba detrás de su escritorio. Tenía la apariencia de no haberse movido de allí en treinta años. Dijo, —Hola, Larry. Pasá y siéntate.

Larry se sentó colocando las manos detrás de la silla que Regan le había indicado. Esperó. Después de pensar por unos momentos, dijo el jefe, Platiquemos un poco hijo, —dijo con voz cansada.

—¿De qué platicamos?

—Oh, sobre la democracia, quizás. Sobre el gobierno de la ciudad y cosas por el estilo.

—Un tópico muy interesante. Aprendí muchas cosas sobre eso en la escuela.

Regan dejó pasar eso y siguió hablando, lentamente, —el pueblo nos ha dado estos empleos. Eso puede sonar chistoso, pero es la verdad. Nos dieron su voto y nosotros luchamos encarnizadamente para conservarnos en ellos. Solo Dios sabe por qué. Cogió un lápiz y empezó a tamborilear sobre el escritorio. Se necesita de un país rico para sostener un gobierno democrático. Nos pusieron aquí y nos dijeron, "Encárguense de la ciudad" y sabían de antemano que robaríamos un poco, pero no les importa porque son ricos... la nación más rica que ha existido sobre la superficie de la tierra. El honor de la verdad les gusta un poco el robo en escala menor y probablemente defenderían a espada y fuego su derecho democrático para lograr algún arreglo por una violación de los reglamentos de estacionamiento o para hacer que les rebajaran las contribuciones.

El jefe se detuvo, pensativamente, mientras Larry esperaba. Pero tenemos luego, el robo mayor, en grande escala. Ese es caballo de diferente color, —continuó Regan. Si se declara una buena racha a su favor, nos lanzarían de nuestros empleos a tal velocidad que el asiento de nuestros pantalones estaría humeando por una semana.

Regan puso el lápiz sobre el escritorio y añadió con voz muy lenta y muy clara. Por eso todos estamos muy contentos de saber que Juan Whelan resbaló en la escalera de su casa y se rompió el cuello.

Larry aspiró profundamente y permaneció silencioso bajo la mirada de Regan repentinamente llena de penetración. —El regidor, —continuó el jefe, era un personaje de partido. Tenía aquello sobre lo que a la gente le gusta leer. Pero era ambicioso en modo equivocado. Estaba dedicado a jugar de un modo muy peligroso con gente enteramente peligrosa. Lo sabíamos desde hacía mucho tiempo, y sabíamos también que el gobierno federal estaba a punto de movilizarse contra él. Cometió algunos errores entre los límites de varios estados. Tuve que ponerte fuera de circulación por un poco de tiempo,

porque tenía algo que hacer, y tú podías estorbarme.

—¿Es así como lo desea usted?

—Así es como lo queremos, —dijo Regan. Extendió la mano, abrió la gaveta y sacó una insignia y una pistola. Allí las tienes. Puedes dedicarte de nuevo a tu trabajo rutinario.

Larry echó una mirada al jefe del mismo modo que se mira a una persona que empieza a contar un chiste que uno ha oído cincuenta veces ya. Dijo, —como una me dijo, usted, Regan no sea tonto.

Se dió vuelta y se dirigió a la puerta. Después de que la hubo franjeado y cerrado tras de él, ya no volvió a ver a Regan jamás.

Una vez que Larry hubo salido, Regan permaneció sentado por mucho tiempo, con la vista fija en la pistola y en la insignia.

Larry había empacado y estaba listo para partir. Sólo le quedaba una cosa por hacer. Detuvo su coche frente a la rectoría de la iglesia de San Malaquías. Un joven sacerdote contestó su llamada. Larry pidió ver al padre Tomás. El sacerdote lo condujo a una antesala y le rogó que esperara. Esperó mucho tiempo.

Repentinamente escuchó unas pisadas suaves y entró Filis Whelan. Llevaba puesto un traje sastre de color café oscuro y un bolso de mano.

—Traté de hallarte por todo el pueblo, —le dijo. Esta era mi última esperanza. Pensé que no te irías sin despedirte del padre Tomás. Me había prometido que me llamaría.

Se aproximó y quedó de pie muy cerca de él. El le dijo, —tal vez te hubiese llamado antes de partir.

—¿Todavía sigues pensando que puedes irte sin mí?

—Así es como tiene que ser. Larry se sentía incómodo. El sonido de sus propias palabras era completamente inadecuado. No nos queda absolutamente ninguna otra cosa. Es como si yo mismo hubiese matado a tu padre. Entre tú y yo se interpondrían muchos viejos fantasmas de ahora en adelante.

—Esa es tu versión.

—¿Por qué acudiste a la policía?

—¿Por qué no debía hacerlo?

—dijo Filis con las mejillas enrojecidas. ¿No ha muerto bastante gente? ¿No sabe el mundo lo bastante acerca de nuestros asuntos? ¿Qué hubiese resultado si hubiera obrado de otro modo? Hizo una pausa.

—Hablemos de mí, primero, —continuó Filis, en el mismo tono. Mi padre tenía sus propias ideas sobre lo que quería hacer. Nunca me consultó. Nunca me pidió mi consejo. No quiero decir que no era bueno conmigo... lo era. Pero yo tengo una vida que vivir y sé cómo quiero vivirla. ¿Por qué debo cambiar mis planes si mi padre tenía una idea errónea sobre las cosas?

Se acercó más a él.

—Y tú. Tú tenías un hermano que no era bueno y durante toda la vida se te imbuyó que tú eras responsable por él. Pero no lo eras. Y papá no mató a José del mismo modo que se puede decir que tú no lo mataste a él. Se mataron a sí mismos.

El rostro de Larry continuaba imperturbable. Filis lo seguía mirando en silencio. Ella sonrió. La sonrisa le dió a entender que ella comprendía que sus gestiones habían sido vanas.

—¿A dónde te irás?

—Miami. Pittsburgh. Los Angeles. Tal vez necesiten un detec-

# HISTORIA DEL PODER

por Rafael Obregón Loria

## Período de la Junta Fundadora de la Segunda República.

El 8 de mayo de 1948 se hizo cargo del Poder una Junta de Gbno. integrada por once ciudadanos, y la cual se tituló "Junta Fundadora de la Segunda República". Como Presidente de esta Junta actuó don José Figueres Ferrer. El licenciado Daniel Oduber Quirós fue nombrado Secretario General de la misma.

El 9 de julio siguiente se nombró Vice Presidente de la Junta a don Fernando Valverde Vega, quien la presidió hasta el día 13 siguiente, mientras el señor Figueres realizaba un viaje a la República de El Salvador.

Con motivo de la emergencia política ocurrida en diciembre de 1948 se dispuso ampliar el número de los miembros de la Junta con don Otilio Ulate, mientras durase esa emergencia, lo cual aceptó el señor Ulate.

El 1 de noviembre de 1949, se refundió el Ministerio de Justicia y Gracia en el Ministerio de Gobernación y Policía.

La Junta Fundadora de la Segunda República terminó sus funciones el 8 de noviembre de 1949 día en que entregó el Poder a don Otilio Ulate.

tiembre de 1949, también de Justicia y Gracia. Del 3 al 25 de enero de 1949, y del 26 de abril al 19 de setiembre de 1949, tuvo como recargo el Ministerio de Economía y Hacienda.

Licenciado Benjamín Odio: Ministro de Relaciones Exteriores. En setiembre de 1949 se le concedió licencia para separarse del Ministerio con motivo de su viaje a la América del Sur como Representante diplomático.

Licenciado Alberto Martín Chavarría: Ministro de Economía y Hacienda hasta el 26 de abril de 1949.

Don Francisco J. Orlich Bolmarcich: Ministro de Obras Públicas.

Doctor Raúl Blanco Cervantes: Ministro de Salubridad Pública y Protección Social.

Don Bruce Masís Dibiasi: Ministro de Agricultura e Industrias.

Presbítero Benjamín Núñez Vargas: Ministro de Trabajo y Previsión Social.

Licenciado Gonzalo J. Facio Segreda: Ministro de Justicia y Gracia hasta el 19 de setiembre de 1949. En esa fecha se le nombró Ministro de Economía y Hacienda. Del 8 de julio al 27 de octubre de 1948 estuvo encargado interinamente del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Profesor Uladislao Gámez Solano: Ministro de Educación Pública. Del 28 de setiembre al 19 de octubre de 1948 estuvo



## Miembros de la Junta Fundadora de la Segunda República

Don José Figueres Ferrer: Presidente de la Junta.

Don Fernando Valverde Vega: Vice-Presidente de la Junta. Ministro de Gobernación y Policía, y, a partir del 19 de setiembre

encargado interinamente del Ministerio de Economía y Hacienda.

Coronel Edgar Cardona Quirós: Ministro de Seguridad Pública hasta el 2 de abril de 1949.

Don Otilio Ulate Blanco: Miembro de la Junta del día 11 a fines de diciembre de 1948.

Don Aquiles Bonilla Gutiérrez: Ministro de Seguridad Pública, desde el 29 de abril de 1949.

## Sub Secretario de Estado

Licenciado Gerardo Fernández Durán: Relaciones Exteriores desde el 12 de setiembre de 1949. Estuvo encargado del Ministerio respectivo desde esa fecha hasta el 8 de noviembre si

tivo privado en Detroit.

—Muy bien. Vete a donde quieras, pero no estés muy seguro de que no te siga.

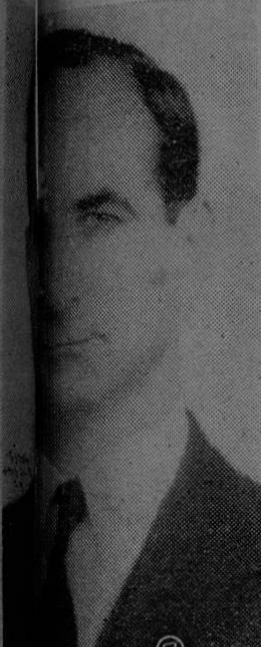
—Dile al padre Tomás que le escribiré, —dijo Larry. Hasta luego, querida.

Salió y se subió a su coche, preguntándose qué era lo que el tiempo podía hacer con los fantasmas.

# PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA (35)

que la Junta de Go-  
bierno sus funciones.

**FIGUERES FERRER**  
de la Junta Funda-  
dora de la Segunda República.



**PADRES:** Dr. Mariano Figueres Ferrer y Paquita Ferrer.

Nació en San Ramón el 25 de mayo de 1907.

Contrajo primeras nupcias



**Don FERNANDO VALVERDE VEGA**

con Henrietta Boggs, segundas nupcias el 6 de febrero de 1954 con Karen O'Leary. A la edad de dieciséis años se trasladó a los Estados Unidos y en New York y en Boston la mayor parte del tiempo estuvo dedicado al estudio. Regresó a Costa Rica en 1920 y entonces adquirió una finca en el sur de Cartago, "La Lluvia" en San Cristóbal Sur, donde hizo siembras de café y se instaló luego beneficiario de café, aserradero y maderera para fabricar mecate. Trabajo que se dedicaba a las fincas agrícolas e industriales. Inició el estudio de las leyes nacionales y la traducción de la política del país, buscando tener ideas avanza-

das en cuestiones sociales y en economía.

El 8 de julio de 1942, desde una estación de radio, hizo fuertes censuras al gobierno del doctor Calderón Guardia; no se le dejó terminar el discurso, pues, allí mismo, fué arrestado, y pocos días más tarde expulsado del país. Vivió dos años en el exilio, y en mayo de 1944 regresó, comenzando entonces a intervenir activamente en la política desde el campo de la oposición al gobierno.

El 12 de marzo de 1948 se levantó en armas y organizó el llamado Ejército de Liberación Nacional. La lucha se prolongó por más de un mes. El 20 de abril siguiente el Presidente Picado llamó al ejercicio del Poder al Tercer Designado Ingeniero Santos León Herrera, y éste organizó su gabinete con elementos del grupo revolucionario; el señor Figueres se hizo cargo de las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Culto y Seguridad Pública.

El 8 de mayo siguiente tomó posesión del Poder la Junta Fundadora de la Segunda República, de la que el señor Figueres fue el Presidente, y la cual gobernó hasta el 8 de noviembre de 1949.

En los años siguientes el señor Figueres continuó siendo figura principal en la política del país. Ahondó sus estudios, y viajó por Israel, distintos países de Europa y por casi todos los países de la América Latina, dictando conferencias en muchos de ellos, principalmente en varias Universidades de los Estados Unidos.

Postulado como candidato a la Presidencia de la República en las últimas elecciones, ganó éstas por amplio margen, e inició su gobierno en 8 de noviembre de 1953.

**Don FERNANDO VALVERDE VEGA**



Vice Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República y Ministro de Gobernación, Policía, Justicia y Gracia.

NACIO en San Ramón.

CASO con Carolina Soley Carrasco.

Se ha dedicado la mayor parte de su vida a actividades agrícolas y comerciales.  
VIVE en San José.

Licenciado **BENJAMIN ODIÓ ODIÓ**



Ministro de Relaciones Exteriores de la Junta Fundadora de la Segunda República.

**PADRES:** Emiliano Odio Méndez y Adriana Odio Zavala.

NACIO en Liberia, Guanacaste el 15 de Agosto de 1918.

CASO en primeras nupcias en 1937 con Hilda Montes de Oca, y en segundas nupcias en 1951 con Ana Rosa Chan Morales.

A la edad de seis años fue llevado por sus abuelos paternos a la ciudad de La Habana, donde hizo sus estudios primarios e inició los secundarios. En 1921 pasó a los Estados Unidos donde continuó sus estudios secundarios, primero en Atlanta, Georgia, y luego en Dayton, Ohio, regresando a Cuba en 1924, para obtener el Bachillerato e ingresar luego a la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana. Al estallar la revolución contra el régimen de Machado, y por la participación que en la misma tuvieron los estudiantes, la Universidad fué clausurada; el señor Odio se destacó entonces en las distintas actividades estudiantiles durante el expresado movimiento revolucionario, siendo miembro del Comité "27 de Noviembre", miembro del ABC y también del llamado "Ejército del Caribe". A consecuencia de esta revolución sus estudios de medicina se interrumpieron cuando ya tenía aprobado el curso de pre médico y el primer año, y se encontraba terminando el segundo año. Habiendo regresado a Costa Rica en 1932, ingresó a la Escuela de Derecho, donde obtuvo el título de abogado. Siendo estudiante se inició en la carrera judicial con el cargo de Notificador y luego de Escribiente en Alcaldías y Juzgados; ya graduado continuó en el mismo campo siendo Pro Secretario y Relator de la Corte Suprema de Justicia, Secretario de la Sala 2ª Civil, y Juez de Trabajo y Presidente de los Tribunales de Conciliación y Arbitraje del Primer Circuito Judicial de la República.

Se separó del Poder Judicial a principios de 1946, después de catorce años de servicio y entonces, abrió su bufete; pero, a los ocho meses se le llamó a servir la Dirección General del Registro Electoral, donde le tocó desarrollar una labor en extremo difícil, dada la apasionada campaña electoral de la época. Concluido ese proceso

electoral, vino la revolución jefada por el señor Figueres, a la cual se unió el señor Odio desde el primer momento. Al constituirse el 8 de mayo de 1948 la Junta Fundadora de la Segunda República, el señor Odio fué hecho miembro de la misma y Ministro de Relaciones Exteriores. En octubre de 1948 asistió como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Misión Especial a la 10ª ma de posesión del Presidente de Cuba, Dr. Carlos Prío Socarruz. En setiembre de 1949 fue nombrado Embajador Extraordinario y Plenipotenciario ante los gobiernos de Argentina, Uruguay y Chile, pero sólo presentó credenciales en el primer país.

Actualmente el licenciado Odio se encuentra dedicado a la atención de su bufete, lo cual no le impide mantener siempre su preocupación por todos los problemas importantes; su labor en los periódicos es fecunda, y tanto en sus artículos como en sus actuaciones todas, muestra su carácter definido, sus vigorosas convicciones y sus ideales, tal vez muchas veces "quijotescos" como él dice, pero los cuales está siempre presto a mantener y defender.

VIVE en San José.

Licenciado **ALBERTO MARTEN CHAVARRIA**



Ministro de Economía y de Hacienda de la Junta Fundadora de la Segunda República, hasta el 26 de abril de 1949.

**PADRES:** Ernesto Martén Carranza y Emilia Chavarría Sereno.

NACIO en San José el 26 de marzo de 1909.

CASO con Francia Solano.

Hizo sus primeros estudios en París en el Liceo Buffon, donde estuvo ocho años, y luego, en Costa Rica los completó en el Colegio Seminario. En los Estados Unidos siguió un curso de comercio y legislación mercantil en el Instituto Pace, de New York, estudiando más tarde Humanidades en el Cathedral College. En la Escuela de Derecho de Costa Rica hizo sus estudios de leyes graduándose de abogado el 23 de diciembre de 1933. Fué Presidente de la Federación Nacional de Estudiantes Universitarios de Costa Rica, Secretario General de la Asociación de Estudiantes de Derecho, y Director del Segundo Congreso

Iberoamericano de Estudiantes celebrada en San José en 1933. De 1932 a 1938 fue Director del Registro Judicial. En 1938 se le nombró catedrático de Economía Política de la Escuela de Derecho, la cual renunció recientemente. Gran entusiasta de la enseñanza, ha fundado su propia Escuela de Economía la cual ha tenido gran éxito. Es autor de la teoría económica social conocida con el nombre de "Solidarismo".  
VIVE en San José.

Don **FRANCISCO J. ORLICH BOLMARCICH**



Ministro de Obras Públicas de la Junta Fundadora de la Segunda República.

**PADRES:** José Ricardo Orlich Zamora y Georgina Bolmarcich.

NACIO en San Ramón el 10 de marzo de 1907.

CASO con Marita Camacho Quirós.

Hizo sus primeros estudios en San Ramón y San José, dedicándose desde muy joven a actividades agrícolas e industriales. En 1940 se le eligió diputado por la Provincia de Acajutla pero más adelante, estando conforme con las acciones del gobierno, abandonó su curul en señal de protesta. En 1944 se le eligió nuevamente diputado por el Partido Social Demócrata, pero en señal de protesta por la forma cómo se había realizado el proceso electoral no se presentó a la Cámara; sin embargo, cuando el 19 de marzo de 1948, ese Congreso dispuso desconocer las elecciones verificadas en febrero de dicho año, el señor Orlich, se presentó para luchar contra esa pretensión, y dar voto en contra.

Al estallar en marzo de 1948 la revolución del señor Figueres, don Francisco Orlich fue el frente norte en San Ramón y días más tarde se trasladó con su gente hacia el sur para unirse al grueso del ejército revolucionario.

Al asumir el Poder el Ingeniero Santos León Herrera el 20 de abril de 1948 el señor Orlich fue nombrado Secretario de Estado en la Cartera de Fomento, y el 8 de mayo siguiente, como miembro de la Junta de Gobierno, empezó a actuar en su calidad de Ministro de Obras Públicas, desarrollando entonces una gran actividad organizadora. Gran número de medidas técnicas y obras que hoy son de gran

dimiento para la República han sido iniciativa y esfuerzo del señor Orlich. Fue jefe de acción del Partido Liberación Nacional en las elecciones de 1953 y al inaugurar su presente gobierno el Presidente Figueres volvió a encargar con gran acierto el Ministerio de Obras Públicas al señor Orlich, hombre dinámico, talentoso y de gran espíritu cívico.

VIVE en San José.

**Doctor RAUL BLANCO CERVANTES**



Ministro de Salubridad Pública y Protección Social de la Junta Fundadora de la Segunda República.

PADRES: Macedonio Blanco Alvarez y Lola Cervantes Castro.

NACIO en San José el 10 de abril de 1903.

CASO con Dora Martén Charria]

Realizó sus estudios primarios en varias escuelas públicas de San José y los secundarios en el Liceo de Costa Rica hasta graduarse de Bachiller en Ciencias y Letras en diciembre de 1921. Trasladó a Europa, y en 1922 inició estudios de medicina en la Universidad de Leipzig, Alemania, continuándolos en la Universidad de Jena, y terminándolos en la Universidad de Munich el 17 de agosto de 1928. Permaneció en esta última Universidad hasta el mes de noviembre de 1929, haciendo cursos de post-graduado en Medicina Interna y Cirugía General. El 20 de diciembre de ese mismo año se incorporó en el Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica. En 1936 y 1937 realizó estudios especiales sobre Patología y Epidemiología de la Tuberculosis en varios países europeos, y en los Estados Unidos (Cornell Medical School) becado por la Fundación Rockefeller.

Ha sido Fiscal, Vocal y Presidente de la Junta Directiva del Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica en los años 1932, 1938 y 1946 respectivamente.

Fue nombrado Asistente del Primer Dispensario Antituberculoso de Costa Rica creado en 1931 y ascendido en 1932 a Subdirector de ese mismo Centro.

Miembro de la Junta Directiva del Sanatorio Durán en 1932, ocupó la Dirección de ese Centro en 1933, cargo que aun desempeña.

Al centralizarse en 1937 todas las instituciones de la lucha antituberculosa de Costa Rica bajo una sola Dirección,

fue nombrado Director del Departamento de Lucha Antituberculosa, cargo que desempeña hasta la fecha.

De mayo de 1948 a noviembre de 1949 ejerció el cargo de Ministro de Salubridad Pública de la Junta de Gobierno de la Segunda República.

En julio de 1953 fue electo Primer Vice Presidente de la República para el periodo de noviembre de 1953 a mayo de 1958.

Es miembro del Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica, de la Sociedad Centroamericana de Tisiología, de la Sociedad Mexicana de Tisiología (miembro honorario) y del American College of Chest Physicians (miembro Governor) y American Trudeau Society de los Estados Unidos (miembro Correspondiente), y miembro del Comité de Expertos en Tuberculosis de la Organización Mundial de la Salud.

Es sin duda alguna el doctor Blanco Cervantes una de las figuras más destacadas en el campo médico nacional, y su personalidad y sus eminentes trabajos son bien conocidos en el exterior.

VIVE en San José.

**Don BRUCE MASIS DIBIASI**



Ministro de Agricultura e Industrias de la Junta Fundadora de la Segunda República.

PADRES: José Joaquín Masis Pereira y Victoria Dibiasi Lavachia.

NACIO en Cartago el 1º de abril de 1918.

Hizo sus estudios primarios y secundarios en Cartago, éstos últimos en el Colegio San Luis. En 1940 fue elegido municipe por Cartago. En 1943 fue uno de los fundadores del Partido Social Demócrata. En la campaña electoral de 1948 fue miembro del Comité Ejecutivo Provincial del Partido Unión Nacional, y a la vez candidato a diputado; su participación en esa campaña fue muy activa.

Al estallar el movimiento armado jefado por el señor Figueres, le correspondió al señor Masis desempeñar función dirigente en ese movimiento, siendo miembro del Estado Mayor del Ejército Revolucionario.

El 20 de abril de 1948 fue nombrado Secretario de Estado en el Despacho de Agricultura e Industrias en el corto periodo de mando del ingeniero Santos León Herrera, y a partir del 8 de mayo siguiente fue miembro de la Junta de Gobierno y Ministro de Agricultura e Industrias. Miembro de la Directiva del Consejo Nacional de la Producción en 1948 y 1949, y miembro de la Directiva

de la Corporación de Abonos Orgánicos, desde 1949.

En 1949 representó a Costa Rica en la Reunión de Ministros de Agricultura de Centro América y México, celebrada en Tapachula, y en la cual se creó el organismo de la CICLA.

En la última campaña electoral fue uno de los principales dirigentes del Partido Liberación Nacional que llevó al Poder al señor Figueres. El señor Masís es hombre de negocios, vinculado a importantes empresas comerciales, agrícolas e industriales. Ha viajado por los Estados Unidos, México, países de la América Central, y por varios de los de América del Sur. En la actualidad desempeña nuevamente el Ministerio de Agricultura e Industrias.

VIVE en San José.

**Presbítero BENJAMIN NUÑEZ VARGAS**



Ministro de Trabajo y Previsión Social de la Junta Fundadora de la Segunda República.

PADRES: Juan Nuñez Alfaro y Mariana Vargas Zamora.

NACIO en Pacayas el 24 de enero de 1915.

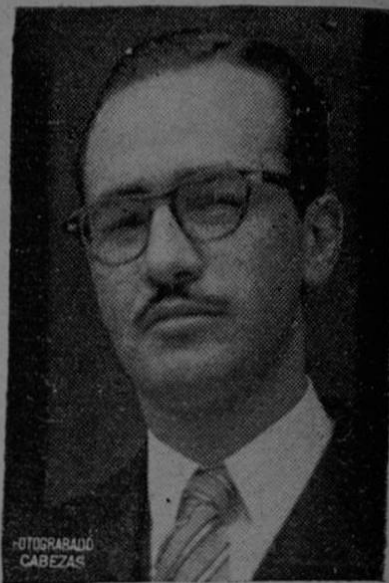
Hizo sus estudios secundarios en el Colegio Seminario de San José y se ordenó de sacerdote el 9 de enero de 1938. En los Estados Unidos realizó estudios sociales primero en la Universidad de Niágara, y luego en la Universidad Católica de Washington, donde fue alumno del Pbo. Francis Haas, hecho después Obispo, y especialista en problemas de trabajo. A su regreso a Costa Rica, el Presbítero Nuñez organizó la Confederación de Sindicatos Rerum Novarum, de la cual fue Presidente.

En la campaña electoral de 1948 tuvo alguna intervención, y más tarde formó parte del ejército revolucionario con carácter de capellán militar; como Representante de los revolucionarios se entendió con el gobierno del licenciado Picado para los arreglos de la capitulación. Como Delegado de Costa Rica asistió al Congreso Internacional de Trabajo celebrado en Montevideo.

Al dejar el Ministerio fue nombrado cura de San Isidro de Coronado, y en la actualidad se encuentra en los Estados Unidos donde desempeña el cargo de Representante Permanente de nuestro país ante la Organización de las Naciones Unidas.

VIVE en Washington.

**GONZALO J. FACIO SEGREDA**



Ministro de Justicia de la Junta Fundadora de la Segunda República y luego de Economía y Hacienda.

PADRES: Gonzalo Facio Ulloa y María Teresa Segreda Solera. NACIO en San José el 28 de marzo de 1918.

En 1936 fue uno de los fundadores de la Asociación Cultural de Estudiantes de Derecho, la cual presidió en varias oportunidades; luego participó en la organización del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, del cual fue Tesorero, Secretario, Presidente, miembro del Comité Ejecutivo y Coordinador. Dirigió también la Revista "Surco" editada por ese Centro. En mayo de 1945 fue uno de los fundadores del Partido Social Demócrata e integró el Primer Comité Ejecutivo. Se encontraba en New York cuando estalló la revolución de 1948 y entonces organizó con un grupo de com-patriotas la Liga Costarricense contra la Dominación Comunista. Fue Ministro de Justicia de la Junta Fundadora de la Segunda República, y a partir del 1º de septiembre de 1949, lo fue de Economía y Hacienda. Interinamente desempeñó el Ministerio de Relaciones Exteriores, y en ese carácter presidió la Delegación de nuestro país a la Tercera Asamblea de las Naciones Unidas. En la Facultad de Derecho de nuestra Universidad es catedrático de Derecho Administrativo. Electo diputado en noviembre de 1953, se le nombró Presidente del Congreso, cargo que desempeña en la actualidad.

VIVE en San José.

**Profesor ULADISLAO GAMEZ SOLANO**



Ministro de Educación Pública



de la Junta Fundadora de la Segunda República.

**PADRES:** Antonio Gámez González y Juanita Solano Alarcón

**NACIO** en Puntarenas el 8 de agosto de 1909.

**CASO** con Consuelo Lobo.

Hizo su educación primaria en la Escuela "Antonio Gámez" de Puntarenas, y la secundaria en la Escuela Normal de Costa Rica, en Heredia, donde se graduó de Maestro Normal en 1928. De 1929 a 1931 fué maestro de la Escuela "Antonio Gámez", en Puntarenas. De 1932 a 1936 fué Director de la Escuela de Esparta. En 1937 obtuvo el título de Profesor de Música. De 1937 a 1948 atendió los cursos de Geografía e Historia, Cosmografía y Música Coral. De 1946 a 1948 fué catedrático de Literatura Infantil y de Artes Infantiles de la Escuela de Pedagogía de la Universidad de Costa Rica. Al dejar el Ministerio de Educación Pública fué elegido Secretario General de la Universidad, cargo en el que se le reelegió en 1952, y en el cual cesó el 1º de noviembre de 1953 por haber sido electo diputado por la provincia de Heredia, aunque en realidad no ha llegado a desempeñar esas funciones, por cuanto se le designó nuevamente como Ministro de Educación Pública en el actual gobierno del señor Figueres. De 1950 a 1953 dictó el curso de Principios de Educación en la Escuela Normal; y durante el mismo lapso ha sido profesor de Metodología del Arte y de Introducción a la Educación en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica. En misión universitaria viajó a El Salvador en 1950, y a Puerto Rico en 1951; ha visitado también los Estados Unidos de Norte América y otros países de América Central. Fué elegido miembro suplente del Consejo Superior de Universidades Centroamericanas, cuya sede rotativa está actualmente en Honduras.

**VIVE** en Heredia.

**Coronel EDGAR CARDONA QUIROS**



Ministro de Seguridad Pública de la Junta Fundadora de la Segunda República, hasta el 2 de abril de 1949.

**PADRES:** Gonzalo Cardona Jiménez y María Teresa Quirós Fonseca.

**NACIO** en San José el 18 de abril de 1916.

**CASO** en primeras nupcias con

Olga Soto Duquestrada y en segundas nupcias con Teresa Siever.

Se dedicó principalmente a las actividades agrícolas manejando algunas importantes fincas, y sólo en los últimos años intervino en cuestiones políticas.

**VIVE** en El Salvador.

**Don OTILIO ULATE BLANCO**



(Sus datos personales serán dados más adelante)

Miembro de la Junta Fundadora de la Segunda República en el mes de diciembre de 1948.

**Don AQUILES BONILLA GUTIERREZ**



(Sus datos personales ya fueron dados)

Ministro de Seguridad Pública de la Junta Fundadora de la Segunda República, desde el 29 de abril de 1949.

**Licenciado GERARDO FERNANDEZ DURAN**

Sub Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, y encargado del Ministerio, del 12 de setiembre al 8 de noviembre de 1949.

**PADRES:** Gerardo Fernández Mora y María Durán Escalante.

**NACIO** en San José el 27 de octubre de 1921.



## LOS LIBROS

# NUEVE ENSAYOS DE SILVA HERZOG

Por José MANCISIDOR

**J**ESUS Silva Herzog es un apasionado por México. Sus ensayos anteriores a estos que ahora publica, lo definen como un ensayista de firmes relieves cuyas obras habrá que consultar siempre que haya de aludirse a esta vida del México contemporáneo. El propio Silva Herzog lo explica: "En este pequeño libro encontraré reunidos el lector artículos y conferencias con mis puntos de vista, durante un decenio, sobre varios temas mexicanos. En alguna ocasión he tenido que apuntar, inevitablemente, ciertos problemas de carácter mundial; pero lo que predomina es México; un amor preocupado o una preocupación amorosa por México; por nuestro México tan hermoso, tan contradictorio, tan desdichado, y a la vez con tan honda y clara capacidad para crear obras de arte y fórmulas originales de su existencia social". Porque con ser un hombre inquieto por todos los asuntos que el mundo de hoy confronta, Silva Herzog se siente atraído por ellos en cuanto puedan relacionarse y afecten, directamente, a México.

Tres son las partes en que se divide este libro: Temas del pasado y el presente. La epopeya del petróleo en México, y Hombres de México. La primera se subdivide en lo que el autor llama Problemas de México; La Revolución Mexicana en crisis; Meditaciones sobre México; La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico y Deberes del intelectual mexicano. La segunda es una clara y justa síntesis de la cuestión petrolera en nuestro país. La tercera se refiere al doctor Mora como economista, a Justo Sierra y sus ideas económicas y a Miguel Othón de Mendizábal.

Para decir verdad, me parece que Silva Herzog está más a sus anchas cuando trata de las cuestiones de tipo económico, aunque no dejo de reconocer sus muchos aciertos sobre los problemas sociales. Sin embargo, a ratos, como que se extravía en sus deducciones. Yo diría, por ejemplo, que el movimiento obrero nació, no con la Revolución, sino antes, como lo atestiguan las huelgas que tuvieron lugar, pese a las represiones que el porfiriato ejerció, las ya famosas y clásicas huelgas de Cananea y Río Blanco (1860-1907). De tal modo, si se revisan algunos periódicos como El Obrero Internacional, La Huelga o La Comuna Mexicana, se hallarán no pocos testimonios que acusan, con el proceso industrial de nuestro país, el nacimiento del movimiento obrero. Por otra parte, bien porque las limitaciones de una conferencia no lo permitan, o bien porque Silva Herzog no haya conseguido desentrañar las verdaderas causas del retroceso revolucionario, el hecho es que hay algo más que la culpa directa de "los actuales dirigentes de la educación" y la responsabilidad de "todos los hombres progresistas de México". El autor se asoma a las causas que señala, pero no entra en ellas, cuando afirma que "el fenómeno no pudo haberse registrado hace veinte, hace diez o cinco años" (si sitúa en el año de 1943); sin embargo, en lugar de continuar sobre los cauces que ha

descubierto, da marcha atrás y achaca, el retroceso revolucionario, a los "momentos excepcionales de confusión ideológica y de desintegración moral".

Un libro aleccionador a este respecto es el ya famoso libro de Mao Tse Tung: La Nueva Democracia. Mao Tse Tung pone de relieve, con su indestructible dialéctica, lo que la revolución democrática burguesa es en China y lo que ha sido en Europa y América: continentes estos últimos, incluso México, en los que se ha instaurado la dictadura de la burguesía.

Aquí, en este último, radica el mal a que el autor de los Nueve Estudios Mexicanos alude: precisamente, en los años citados por Silva Herzog, la burguesía mexicana fortalecida con la Revolución entraba en su mayoría de edad. Y la precaria burguesía terrateniente del porfiriato fué sucedida por la burguesía financiera industrial de nuestros días ligada ya, por sus intereses de clase, con el imperialismo internacional y, sobre todo, con el imperialismo yanqui. Este dominio burgués ha traído aparejada toda su podredumbre que se refleja, con violencia inusitada, sobre aquello que cae bajo su influjo.

También, cuando se habla de Pascual Orozco, se ignoran sus ligas con los enemigos de la Revolución que lograron catequizarlo. Pero lo que me parece indebito en un hombre como Silva Herzog, es la afirmación de que la Revolución Mexicana se mantuvo independiente de "ajenas corrientes del pensamiento económico-social". Porque, si se ahonda en ella, ni la jornada de ocho horas defendida ya por los asesinados en Chicago; ni la reforma agraria de raíces seculares en la historia general; ni la filosofía que informó más tarde la Constitución, dejaron de inspirarse en las ideas universales que conmovieron, en su época, a otros pueblos.

He citado primero lo que a mí me parecen errores del autor, por que creo que cada uno de ellos constituyen tema apasionante para su discusión en una mesa redonda de carácter histórico. Y porque, sobre los muchos aciertos de este interesante libro, hay que insistir una y cien veces hasta que la inquietud generosa del autor se refleje, por necesidad nacional, sobre millones de mexicanos.

Silva Herzog consigue dar luz la cuestión petrolera que domina a la perfección y obtiene, así, uno de sus mejores triunfos en este libro. Y sus estudios, de los Hombres de México, forman un capítulo lleno de limpias enseñanzas.

No obstante, lo que más me emociona de esta obra, es la justa fe de Silva Herzog en la vida. La crisis de hoy no hace sino anunciar un nuevo día. Y en este pensar en el "doloroso alumbramiento de un mundo nuevo", radica el mérito de un libro que descubre a su autor como un hombre de conciencia clara, de ideas humanistas, de corazón bien puesto y dado a estudiar, sin negar su calidad intelectual, los "fenómenos" que nos inquietan y, a veces, parecen aplastarnos.

En una palabra, estos ensayos de Silva Herzog forman un armonioso conjunto que invitan, sin hipóbole, a la meditación.



Entra en el carro del tranvía eléctrico que de Guadalupe conduce a San José, la coqueta y pequeña capital de Costa Rica,

quedé sorprendido al ver ocupando un asiento a un antiquísimo servidor de mi abuelo, un peón de la hacienda "Los Cuadros", que yo daba por muerto hacía muchos, muchísimos años.

Me saludó con grande afecto. Estaba el pobre muy deteriorado, cubierto de arrugas, sin un diente ni una muela, seco como una momia; en el fondo de unas cuencas muy profundas brillaban penetrantes y agudos los ojos negros, dos luminarias que ni los años ni la trágica sombra de tristeza que los cubría habían conseguido apagar. Es tan triste y sacrificada la vida de nuestros campesinos que nadie se sorprende de ver en sus semblantes la sombra de pesadumbre que los cubre.

—Yo creí que usted estaba por allá afuera—me dijo cuando terminó de darme cuenta mi nunciosa de la salud de toda su familia y de preguntarme por todos los míos.

—Sí, he estado en el extranjero; pero siempre vuelvo a la vieja querencia.

—Así es—continuó el buen viejo Pedro;—uno es como la rama que se desgaja de un palo y que va a caer al río. La corriente la trae y la lleva pa donde quiere, pero la rama es siempre del palo donde nació.

—Y qué es de su vida?—le interrogué.

—Mi vida ha sido una sarta de desgracias y sólo Dios sabe para qué he vivido tanto tiempo. Y lo peor es que me siento extraño y sin sosiego con las cosas y las gentes de ahora. Yo pertenezco al tiempo de antes, entonces sí que había hombres fuertes, trabajadores, honrados como su abuelo que Dios tenga en su santa gloria. Ah, si mi tata me hubiera visto yendo en tranvía como voy ahora para la ciudad, me hubiera preguntado: "Pa qué te sirven las patas?" y me habría apeado a cinchazos del carro. Pero yo he perdido la vergüenza como todos los de mi clase y los que antes andábamos diez leguas para conseguir más barata la libra de manteca, nos encaramamos al tranvía para ir de Guadalupe a San José.

—Porque es muy cómodo el tranvía—observé.

—Sí, es cómodo; pero los del campo no nacimos acostumbrados a eso, sino a valernos de los pies para ir a todas partes. ¿Qué cuento es ese de automóviles, de tranvías y de trenes? Eso está bueno para los impedidos y para las mujeres.

—¿No te gustan los automóviles?

—Ni verlos quisiera—contestó rotundo.—Cuando me pasan cerca les hago la cruz. Son una invención del Malo. Si las carretas y los bueyes reinaran todavía en Costa Rica, no estaríamos fregados: porque los trenes, los tranvías y los automóviles son los que se han llevado toda la plata que teníamos. Toda se fué para el extranjero y nosotros nos quedamos aquí, con cara de tontos, espionándonos unos a otros, y sin un cinco en la bolsa. Si yo fuera Presidente, daba una ley para que sólo carretas y bueyes hubiera en los caminos y así todo se quedaba entre nosotros, como antes.

Y el buen viejo, con la voz temblante pero llena de conven-

# EL MACHETAZO

por Modesto Martínez

cimiento, siguió tronando contra el progreso y clamando por la carreta y los bueyes.

—Ya ni bueyes que sirvan para algo hay ahora—dijo.—Antes sí que los había buenos. La yunta la hacía uno a su gusto, escogía los novillos y luego los amansaba. Siempre cuidados a mano, siempre desgarrados y limpios, siempre sanitos y llenos. Yo tuve una yunta de overos—usted no se acuerda porque estaría mudando dientes—que no habría cambiado por el mejor de los automóviles de ahora. Calcule que les echaba ochenta arrobas de café en la carreta y salía pal Puerto. Cuando llegaba a Puntarenas parecía que hubieran estado en el repasto. Y allá les ponía ochenta arrobas de sal y vuelta para acá. Y los bueyes llegaban con ganas de jalar. Fueron de mucha fama esos overos. En toda la extensión de Guadalupe y San Vicente hasta el litoral de San Isidro y los Tres Ríos nadie me les ponía bueyes de más fama. Diez y ocho onzas me ofrecieron una vez por ellos y yo me reí; mejor hubiera vendido a un hijo que a los overos. Otra vez Pedro Brisuela—Dios lo haya perdonado—me ofreció por los bueyes la casa del Purril y el cerco. Yo que estaba con unos traguillos adentro fui y le dije que ni que le pusiera a su mamá de ñapa. Tamaño pleito que tuvimos por eso. A fuerza de trabajar con los overos fui juntando reales y compré el cerco de las Talanqueras, hice la casa y hasta me vi con mi trapiche y mi buen cañal. Los overos eran una mina.

—¿Y qué fue de ellos?

Al hacerle esta pregunta, el viejo lanzó un suspiro muy hondo.

—Un día, hace años—dijo—el diablo me tentó y me metí a hacer aguardiente de contrabando. ¿Por qué sólo el Gobierno ha de hacer guaro?, pensé yo y compré un alambique, unos barriles para el fermento e instalé mi destilación junto a la quebrada que pasa por el fondo del cerco. Me estubo yendo muy bien. El guaro que yo hacía era limpio y bueno, hasta medicinal, no ese veneno que fabrica el Gobierno para envenenar a los del campo. Se bebía uno una copa y se sentía como nuevo por dentro. Pero un mal cristiano me delató a las autoridades y un día cayeron las fuerzas del Resguardo Fiscal sobre mi instalación y a penas tuve tiempo para meterme al monte, y evitar que me cogieran los guardas. Se llevaron el alambique, volcaron los barriles de fermento, registraron la casa, ultrajaron a la mujer, asustaron a los chiquillos y yo tuve que estar largo tiempo escondido en el monte, pasando trabajos, siempre perseguido por los del Resguardo, siempre con la escopeta y el machete listos porque yo no pensaba dejarme coger así no más. Al fin decidí entregarme voluntario, pero eso sí tenía que arreglar cuentas con Raimundo, el hijo de Chepa Pelona, que era el que me había delatado.

Respiró muy hondo Pedro y luego siguió así su relato:

—Bastantes favores me debía el muy traicionero. Bastantes hambres le había matado. Por eso sentía yo más ganas de ar-

reglar cuentas con él. Lo esperé una tarde en el camino de los Higuerones. Yo tenía la escopeta conmigo, pero no quise tirarlo como un perro. Le salí con el cuchillo para que pudiera defenderse y si a mí me tocaba era que así lo quería Dios.

Raimundo se quedó como muerto al verme frente a frente.

—¿Conque ese fue el pago que me diste?—le dije.

—Yo no fui el que te delaté—respondió él con la lengua trabada.

—No me vengás ahora con cuentos—le dije.—Vos fuiste y ahora mismo vamos a arreglar cuentas.

Se quedó como reflexionando y luego dijo:

—Pues es verdad. Yo te delaté, porque necesitaba la plata que da el Gobierno al que delata a un contrabandista de aguardiente. Pero no creas que me voy a dejar matar como un perro; tan hombre sos vos como soy yo, tan machete es el tuyo como el mío. Pero reflexióná, tal vez será mejor que evitáramos. Vos tenés familia y yo tengo familia. Si nos agarramos a machetazos uno va al presidio de San Lucas y el otro a volar espalda al cementerio.

—Eso debiste haberlo pensado antes de irles con el cuento a los guardas y hundirme como me has hundido, gran cobarde.

El se puso más pálido, pero se veía que estaba resuelto a todo. Se echó un poco atrás, desvainó el machete y con vos ronca me dijo:

—Que Dios sea testigo, Pedro, de que vos no querés evitar. Y ahora, parate firme por que o yo te mato o vos me matás.

Y comencé la pelea. Yo le ví malas intenciones porque me tiró una puntada a la panza que si me alcanza me vacea; después me apió de un filazo el ala del sombrero; así es que me le fui adentro y en una que va y en otra que viene le desprendí de a raíz la mano derecha. Cayó al suelo y yo fui a la agencia de Policía que está muy largo de allí, me di preso y avisé que mandaran auxilios a Raimundo que había quedado algo fregao en el camino de Los Higuerones. Y entonces fue la de la trampa: jueces, abogados, peritos, gastos y más gastos; primero hubo que vender el cerco y la casilla, después la carreta y los aperos, por fin los overos también. Y siempre salí condenado a seis años en el presidio de San Lucas por contrabandista y por homicidio, porque Raimundo—Dios lo haya perdonado—se fue en sangre y no hubo medio de rescatarlo.

Yo escuchaba adolorido el relato de Pedro a quien recordaba trabajando en la finca de mi abuelo, recién casado, antes de tener los hijos, antes del drama de Los Higuerones y de todas sus desgracias.

Nos quedamos un rato silenciosos. Habíamos llegado ya a la ciudad, descendimos del tranvía y en una esquina de la Avenida Central me acabó de contar la tragedia de su vida.

En el presidio había pasado horas muy amargas y malas pensando en su esposa y en sus hijos. Pero sus amarguras se doblaron un día con una noticia terrible.

Oigámoslo a él contarla:

—Un día el Comandante del presidio me entregó una carta. Era de mi esposa, alguien se la había escrito (tal vez el Padre Montero) y un compañero me la leyó. Me decía Juana que la viuda de Raimundo se había muerto y que los tres panzoncos que tenían arriesgaban a morirse de hambre. Yo sentí una cosa muy fea por dentro, peor que los remordimientos que me daban por la muerte de Raimundo. A mi familia nada le faltaba porque algo le había quedado a Juana de la venta de todas las cosas y ella lavaba ropa y yo le mandaba lo que ganaba haciendo guitarras. Pero los chacalines de Raimundo ¿qué iba a ser de ellos? Me fui a una peña para que los compañeros no me vieran llorar y allí me desahugué. Y al ver el mar debajo del peñasco, tan negro y tan hondo, sentí ganas muy grandes de tirarme de cabeza para acabar de una vez con todo, para acabar de penar y de sufrir lejos de mi familia, metido con criminales y ahora, además, con el tormento de pensar en los huertanitos de Raimundo. Pero luego reflexioné que era mejor quedarme vivo para ver cómo se remediaba todo con la ayuda de Dios. Y por medio del Comandante la escribí una carta a mi mujer diciéndole: "Juana, recoja las criaturas de Raimundo y hágase cargo de su mantención y vestidos y trátelas como si fueran de nosotros. Aunque todos coman menos y se vistan de hojas de plátano por vida suya recoja esos huertanitos, yo aquí haré lo que pueda".

—Así lo hizo mi mujer, y yo, mientras tanto, fabricaba guitarras para la venta, que siempre encontraban comprador.

—Hasta que llegó el día de salir del presidio. Y llegué a mi casa y me encontré con seis hijos en lugar de los tres que había dejado cuando me fui. Porque allí, junto a los míos, estaban el muchacho que es el mayor, y las dos muchachitas de Raimundo.

—Y hasta que sentí que me descomponía cuando oí que me llamaban "tata" ellos también.

—Seguí trabajando y manteniéndolos a todos. ¡Ah, si yo hubiera tenido los overos la carga no hubiera sido tan pesada!

—La familia fue creciendo y los chiquillos se hicieron hombres y las chiquillas mujeres. Ellos sabían que no eran hermanos pero se querían mucho y por fin Moncho, el mayor de los de Raimundo que salió todo un hombre, un peón como no me le ponen otro en todos estos lados, se casó con Chepa, la mayor de las mías.

—Y cuando pasó el tiempo y vino lo que debía venir, nació un chiquito con mi misma cara pero sin la mano derecha, manco el pobrecito. Es que mi Dios no quiere que yo olvide mi crimen, y ese es mi tormento. Por eso ahora que ya el chiquillo ha crecido algo, cuando lo alzo y en su media lengua me dice "tatica" y me pasa el muñoncito por la cara, me pongo a llorar. Tal vez será que uno se va poniendo cobarde al compás que se hace viejo. Pero resignado sufro este castigo de Dios, pensando que tal vez lo que padezco ahora servirá para aliviarme las penas para cuando vaya a rendir cuentas al otro lado.

Se despidió de mí y tomó rumbo al mercado, a comprar las provisiones, con la espalda encorvada, la frente abatida, los ojos hundidos.

Nueva York, setiembre de 1922.

# Un libro "infausto" de Tomás Mann

Por RAMON SANDAR.

**C**ERVANTES dice que el entendimiento suele mejorar con los años. A juzgar por la última novela de Tomás Mann, "El Cisne Negro", esa ley no es general, ya que el escritor alemán, en las proximidades de los ochenta, ha escrito la peor de sus obras.

"El Cisne Negro" —título que recuerda el sentido decorativo de los poetas modernistas de principios de siglo— es una novela torpe, triste, sin gracia dramática ni humorística. Una obra fallida. Sería mejor que el autor de "La Montaña Mágica" no la hubiera escrito.

Es doloroso tener que escribir estas opiniones sobre un autor a quien hemos leído otras veces con entusiasmo y cuyos laureles todavía verdes parece que deberían inmunizarle contra las crudezas de la crítica. Pero adversa o no, la verdad es la verdad.

Tomás Mann ha dado con frecuencia a lo largo de su vida la impresión de que subordina las necesidades de confesión y de confianza a preocupaciones retóricas, cultistas y de prestigio. La elección de temas y mitos y la preocupación formal en el estilo dominan en su obra y le dan el tono que corresponde en las letras a lo que en la pintura se llama "decorativo". ¿Es eso un vicio? ¿Ese vicio es la afectación? El alemán, aunque tenga ante la cultura una actitud rígida y engolada, no se puede decir que sea afectado, por que lo que en otros es afectación en los alemanes es naturaleza.

El alemán no tiene el amor de la cultura ni el culto de la cultura, sino la superstición de la cultura. En esa actitud hay un peligro. La superstición no supone la comprensión ni la identificación, y las reacciones ocasionales del supersticioso contra el objeto de su superstición pueden ser heréticas y blasfemas.

En otros países donde existe el respeto natural por la cultura —Francia, por ejemplo— las excepciones, cuando las hay, suelen ser sólo de indiferencia y de atonía. Si en la historia de la civilización es mejor la blasfemia que la indiferencia, es un problema a resolver.

En su última novela, Mann cae en todas las debilidades de un joven inexperto, y, además, en la pedantería del falso trascendentalismo. Y también en un simbolismo fácil de dudoso buen gusto. Ya protagonista es una mujer, que representa Europa. Europa ya madura entrando en la menopausia se enamora de un joven americano. Todos los lugares comunes sobre Europa y América son acumulados en esas dos personas que viven más como objetos alegóricos que como seres naturales y que hablan de un modo falso, redicho y casi siempre incapaz de suscitar emoción.

Ella es alemana. El, como hemos dicho, yanqui. A falta de emoción, Tomás Mann nos da cuidadosamente dosificados todos sus conocimientos médicos y clínicos sobre la menopausia, la neurosis, el cáncer y la ginecología. El resultado es lamentable y, como suele suceder, los críticos lo aprove-



chan para atacar al viejo escritor en todos los niveles y planos. La sorpresa de Mann debe ser mayor viendo que su intención adulteraria para los Estados Unidos da un resultado tan triste.

En todos los autores alemanes de importancia, con excepción de Goethe, se ve una curiosa falta de armonía interior. No concuerda su vida emocional con la vida mental y la moral. Esa falta de armonía suele llevarles hacia soluciones sistematizadas como si tuvieran miedo a que en la dulce libertad la inarmonía fuera más peligrosa e hiciera mayores estragos. Se podría decir de los alemanes que la pasión del sistema les impide tener una filosofía. Lo mismo que la pasión de la agresión y la conquista les he impedido a lo largo de la historia tener un imperio, ese imperio que han tenido los españoles, los ingleses y los franceses.

Pero, a pesar de todo, los alemanes tienen cierta filosofía, como tienen música. En las artes literarias de imaginación libre son menos afortunados. Tal vez una de las razones es que no saben discernir entre el dogma y la noción entre la superstición y la convicción. Les falta esa flexibilidad y esa dulzura de temperamento —esa falta de rigidez— sin las cuales es muy difícil tratar de crear una realidad imaginaria y de hacerse asimilable para los lectores. ¿Se ha pensado alguna vez en la milagrosa falta de rigidez de los grandes autores como Cervantes, Rabelais, Shakespeare, Tolstoi?

Entre los vicios "nacionales" de Tomás Mann está, como es natural, el de un mal entendido patriotismo. Lo mismo en su obra anterior "Doctor Faustus", que en la presente la preocupación del prestigio nacional, personal, profesional debilita en su conjunto el libro. Los alemanes temen a la crítica. Francia coparticipa de la victoria está invadiendo el mundo con libros "antifranceses". Barnanos escribió poco antes de morir contra el envilecimiento de su patria. Mauriac dice cosas parecidas. Los norteamericanos, vencedores, cultivan amorosamente en sus novelas el lado sombrío y desfavorable de América. En cambio, el escritor alemán se niega a hacer luz sobre las miserias de Alemania. Esto que parece un rasgo de firmeza es un síntoma terrible de desconfianza y debilidad.

La superstición alemana de la cultura, tan presente en "El Cisne Negro", produce en los héroes de esta novela, no un estado de

## MADRESELVA A MI MADRE

Por Héctor GONZALEZ MORALES

Haz, Señor, que ambas voces me acompañen, aunque en ciudad y angustia me dispersen.

Rainer María RILKE

Yo digo Madre con una voz nocturna  
y es su dormido amor y su cuidado  
lo que baja hasta el cáliz de mi sueño  
lo que inunda su espuma  
y deshoja el aroma y el desvelo  
de mi apagado sueño;  
la que toca con sus dedos de sombra mis fatigas,  
mis llantos y palabras,  
la que cierra las puertas, las cortinas,  
encendiendo una lámpara de sombra  
para que estos dos ojos nacidos de sus ojos  
no se hieran.

Yo digo Madre en la brisa del día  
y es su paso y su sol y su alegría  
lo que procura y venda mi desvelo;  
la dulce Madre que a mis brazos viene  
para guardar  
junto a su pecho  
toda mi soledad y mi amargura;  
la que toca mi frente con sus labios  
porque floreció de pronto en su cintura.

Yo digo Madre con dos voces  
una nocturna y otra desvelada,  
y mi garganta se hace selva  
para guardar esa palabra:  
la que se dice Madre,  
la que se vuelve selva,  
la madreselva de mi Madre.



claridad mental, sino una especie de embriaguez alimentada por los sofismas. La buena burguesía alemana ha sido siempre así. Últimamente los escritores prefieren inclinarse hacia la demonología medieval renegando de la razón del mundo clásico y del Renacimiento. A falta de otra solución el "Doctor Faustus", lo mismo que en "El Cisne Negro", busca Tomás Mann la solución poética, pero no llega tampoco a cristalizar, y el lector tiene esa sensación de malestar que acompaña al esfuerzo baldío.

Sin embargo, hay que recordar obras anteriores de Tomás Mann y mantener el respeto. A los setenta y ocho años todo el mundo tiene derecho a hacer alguna tontería, sobre todo cuando se ha escrito "La Montaña Mágica" y "La Muerte en Venecia". Si fuera más joven Mann, tendría una tentación de recordarle algunas cosas, aunque parezcan demasiado obvias.

Yo le diría que el misterio no está donde el autor de "Doctor Faustus" y "El Cisne Negro" parece buscarlo. Ni la sangre, ni las ruinas, ni el diablo, ni las valvas de nácar con mensajes cabalísticos tienen misterio alguno. Todo el misterio de la creación está entero en un niño recién nacido.

Así lo veían los alemanes a quienes hemos amado; Goethe, Schiller, Heine.

El hombre no es la flor del mal, sino un animal que puede propiciar a voluntad el mal y el bien. Y la humanidad no es sólo un concepto. Así como un francés sabe que la cultura es él mismo, y el inglés sabe que el imperio está en su propia manera de llevar las cuentas de su negocio, el alemán medio, al burgués de Prusia o de Baviera, cree que la cultura, el imperio, la humanidad son deidades misteriosas y lejanas a las que hay que servir disciplinada y heroicamente, es decir, militar y sangrientamente. Esa actitud parece revelar una inhabilidad natural para la civilización. Pero hay que distinguir entre civilización y cultura. Alemania, país culto, puede no ser civilizado.

Tácito dice que las mujeres alemanas aman el matrimonio y no el marido. Que los hombres luchan por la victoria y no por el provecho y que son tan sensibles al prestigio, que la fama de superioridad de un príncipe vecino basta para provocar la guerra sin otros motivos ni estímulos.

Los germanos de Tácito eran los únicos que no contaban el tiempo por días sino por noches. La sangre y la noche con otros

CINCUENTA Y TRES.  
 SIEMPRE CERCA... SIEMPRE LEJOS...

Obra analizada: *Tú, Voz de Sombra*,  
 poesías de Fabián Dobles. 1945.

Distinguido señor Director:

Se inicia este pequeño volumen de líricas de Fabián Dobles, uno de nuestros mejores novelistas, con la presentación del tema fundamental. El Poeta nos dice que va por dentro de la sombra, sombra él mismo. Quiere encontrar el corazón del agua y la palabra honda. Busca la lumbre sumergida detrás de la ternura de las horas. Desea seguir la línea de los pasos de la amada al través del silencio en su fuga de estrellas. Ansia saber el nombre de su nombre...

Surgen, en seguida, las variaciones: el dolor, el silencio, la ausencia, la sombra, la amargura, la presencia, la angustia, el retorno, el ensueño...

Para el Artista, el dolor es oscuridad sin fin del *mí mismo* profundo, provocada por la vibración de una enardecida voz de búsqueda. El corazón, ave suelta de ansiedad, persigue esa voz, la busca sin descanso. Es intensa, callada.

Para ese corazón existe el silencio que provoca, que excita. Nace la esperanza que no es sino la proyección de la angustia hacia el porvenir. Paladea la amargura del tiempo en la perenne ausencia de la amada, presente siempre en los anhelos íntimos.

Están lejos —el amante y la amada—. Están lejos. Nada puede acercarlos. Sin embargo, se sienten, el uno y la otra, cerca, muy cerca. Porque, si todo pasa, si todo se desvanece en la nada, en la no existencia, sólo ella, la amada amante, sólo ella permanece. Impone su presencia como cumbre de un ensueño, ansiedad que no se calma sino con otra ansiedad.

La elegida es sombra brotada de otra sombra. Nació de la amargura de un anhelo. Creció en el ansia de un ensueño. Es, ella misma, en realidad, un anhelo, un ensueño. El Poeta la llama Soledad. Como viene de un crepúsculo la llama Umbría. Porque llega de un rumor de ensueño, la llama Olvido.

Llena con su dulzura cuanto encierra el horizonte amargo. Viene de un más allá que el Poeta ansia. Escucha su voz; le parece una voz de leyenda. Toda ella —Soledad, Umbría, Olvido— es un milagro fugitivo. Se acerca, se aleja, despertando ilusiones, evocando angustias. A veces toda ella es silencio. En otras ocasiones, su cuerpo, su espíritu están saturados de melodías inefables, de armonías sorprendentes.

Al Poeta le agrada, en ella, ese ofrecerse en un instante y, en el momento siguiente, ese negarse rotundamente.

Tras de su voz, voz de ensueño y de dulzura que huye, se desprenden las ansias perennes del amante en una persecución que, en el fondo, no es sino una evasión de la realidad. La prueba está en que la amada vino un día y el amante no la conoció, no pudo, no quiso reconocerla. Es preciso que la cercanía de la amada no calme la sed de buscarla, de hallarla. Debe irse de nuevo. Volver a ser lejanía, ausencia, sombra, olvido. Así el Bardo seguirá cantándola en versos de forma perfecta. Seguirá siendo llama del ensueño, milagro entre los milagros.

Estas variaciones del tema inicial aparecen escritas en versos sin rima, en versos que no obedecen a ley alguna. La idea orienta la formación de esos versos sin que apreciemos, en momento alguno, que el ritmo imponga sus sonoridades. Aparecen figuras que sugestionan: el amargo gorjeo del pájaro y del viento... una luz que me habla... hondo murmullo de aroma amanecido... mi corazón, inquieta flor que acecha... tu presencia tallada en amargura... mis manos, sangre de la esperanza... tu, yo, dos puntos suspendidos sobre el amargo tiempo... aroma de vagos rumores del ensueño... tu voz no podía amanecer en mi bahía de angustia... tú, dormida en el ensueño... queda la amargura en mi amargura... grito desnudo, mi sueño, esta ancla fugitiva, ha nevado sus pétalos de olvido en mis pupilas... nace desde la hoz del grito... el tibio regazo de mi sueño... los péndulos de las horas de angustia... aroma de amanecer... el naufragio de su grito en el viento...

Cierran el pequeño volumen de líricas, dos sonetos de sugestivo interés. Tres ideas se imponen al Poeta: vegetal, prodigio, tierra. La presencia vegetal, que es más silencio que voz, más tronco que hombre, se ve rodeada, con intensa simpatía, por el ensueño del Artista.

misterios, como los caballos blancos del bosque y la adivinación por los círculos concéntricos del tronco del árbol cercenado, están vivos en la mente de Tomas Mann como circunstancias de prestigio. Lástima. Si a medida que envejecemos somos más "nosotros mismos", no hay duda de que mu-

chas de las páginas de "La Montaña Mágica" y de "La Muerte en Venecia" no eran típicamente germánicas, sino un reflejo germánico de la cultura occidental. Y que en los últimos años de su vida, Tomas Mann va siendo el genuino alemán que llevaba siempre dentro.

Por algún tiempo se acusó a Man de estar en la corriente de simpatizantes de Moscú. Los rusos lo "utilizaron" como banderín de enganche para sus propagandas. Ultimamente se ha alejado de ellos declarando explícitamente que no comparte sus ideas. Pero yo tampoco pensé

nunca que sus ideas le llevaran hacia Moscú. Más bien era su temperamento. El mismo temperamento que se ve en sus dos libros últimos, orientado hacia la noche y hacia el prestigio de la sangre.

Afortunadamente, nadie recordará a Mann por esos dos libros.

## ASI VISTEN ELLAS



MARIETTE APPEL.

*La rosa toma arquitectura en mármol... El mármol reflorece su fragancia... Ella es la estatua sutil de los ensueños... La flor presente de su gracia crece y la poesía es plenitud de cielo...*

(Foto Solano).

La llama del ensueño que crepita inquieta en el mundo de la fantasía y de la sombra, es un milagro sin segundo. Surge, como surgen todas las creaciones, de la nada. Es ella, un símbolo de esperanza: un prodigio verdadero. La raíz sedienta del Artista, saturada de anhelos sin fin, se hunde en la tierra húmeda. De allí se dirigirán hacia la altura, todos los anhelos, todos los amores que han de resplandecer en las altas cumbres de amargura, haciendo que esa misma amargura vaya desvaneciéndose: entonces, ha de llegar la felicidad.

Es un libro de muy pocas páginas. En breve espacio de tiempo puede ser leído. Sin embargo, después de haberlo terminado, en el espíritu quedan vibrando ideas y sentimientos nobles. Nos sentimos llevados a leer de nuevo esas pocas páginas. Pero, ahora, con lentitud, Saboreando bellezas, apreciando bondades...

Del señor Director de LA REPUBLICA, con todo cariño,

LUZ DE ALBA.